
Jack X.
Faber
El buen
samaritano

El buen samaritano



[La mujer escocesa]
[Chica salvaje]
[Baile de anillos]
[Experiencias alegres]
[Buenos tiempos]
[intermezzo]
[Final]

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net

La mujer escocesa

von Jack Faber © 2022

Tres semanas después del estallido de la guerra en Tartanien, Jack logró que aceptaran su oferta de acoger a una familia. Estaba casado con Juliet, quien, por desgracia, estaba perdiendo la cordura poco a poco. Administraba la casa razonablemente bien, pero ya no tenía interés en el sexo. Se masturbaba casi todas las noches, incluso medio dormida, y no le importaba que él se arrodillara frente a ella para masturbarse. Rara vez eyaculaba fuera de su vulva, pero casi siempre lograba penetrar su vagina y eyacular dentro, a pesar de sus protestas. Ella murmuraba “¡Uy!” o “¡Guau!”, pero continuaba masturbándose y luego volvía a dormirse.

Desde hacía algún tiempo, sus amigas y conocidas venían a visitarla, supuestamente para charlar con Juliet, pero en realidad, estaban ansiosas por acostarse con él. A ninguna le importaba que Juliet a veces también se desnudara y las observara masturbarse mientras tenían relaciones sexuales. Al contrario, a muchas les excitaba mucho la masturbación y los orgasmos de Juliet. Cuando Juliet estaba a punto de llegar al clímax, él sacaba su pene de su amiga y rápidamente tenía sexo con ella, a pesar de sus protestas. Esperaba a eyacular hasta que Juliet alcanzara el orgasmo y luego eyaculaba inmediatamente dentro de ella. Esa era la mejor manera para él de tener sexo con Juliet, la forma en que la conocía. No le importaba seguir teniendo sexo con su amiga después si ella aún no había llegado al orgasmo. Algunas venían a él con bastante frecuencia porque era el único que todavía quería tener sexo con ellas. Todas eran mujeres mayores de 60 años, poco atractivas, siendo Juliet la más guapa de todas. Actualmente, algunos hombres desesperados aún acuden a él una o dos veces al mes para tener sexo. Con gusto le permiten observarlos mientras se masturban después del acto, solo para complacerlo.

Todo había comenzado hacía cuatro años. Juliet perdió la cabeza de la noche a la mañana; no tenía ningún interés en participar activamente en el sexo, pero su deseo sexual aumentó rápidamente. Masturbarse dos veces al día, como antes, ya no era suficiente. Las amigas que venían a visitarlo le hacían felaciones por lástima, pero eso solo la satisfacía durante unas semanas. Las atrajo al dor-

mitorio y todas accedieron fácilmente a tener sexo con ellas. Especialmente las mujeres casadas, devotas católicas, algo que nunca había esperado. Se sintió aliviado, tuvo sexo a diario y la necesidad urgente de semen disminuyó. Por lo general, venían dos mujeres cada día, rara vez una tras otra, casi siempre al mismo tiempo. Reprimió toda vergüenza, tuvo sexo con ambas una al lado de la otra y finalmente eyaculó dentro de Juliet. Tuvo sexo con las mujeres acostadas muy juntas, pasando rápidamente de una vagina a la otra y eyaculando muy rápido dentro de Juliet. Luego, las dos mujeres tuvieron que masturbarse. Esto solía funcionar bastante bien, pero si Julieta no quería participar, él se acostaba con una o ambas alternativamente hasta que su semen subía y eyaculaba dentro de una o ambas. Prefería eyacular dentro de ambas. Después de un tiempo, perdió el interés en estos actos acrobáticos, pero continuó de todos modos. Julieta era tan feliz como una niña cuando los tres o cuatro se revolcaban desnudos en la gran cama matrimonial. ¡Nunca antes había visto a sus amigos desnudos, y ahora todos se acostaban y se masturbaban juntos!

Geli venía con más frecuencia; tenía 32 años y era increíblemente fea. Siempre venía sola. Era fea, sus delgados pechos colgaban tristemente. Tenía un gran trasero y era completamente adicta a la masturbación. Nunca había tenido sexo y, tímidamente y contra su voluntad, dejó que Jack la desflorara mientras presionaba sus labios contra los genitales de Juliet y gritaba. Le había dicho a Jack que era lesbiana y que nunca había tenido sexo, y que no quería tenerlo en absoluto. Él la obligó a dejar que él tuviera sexo con ella; de lo contrario, no se le permitiría entrar en la cama de Juliet. “Esa cosa definitivamente no va a entrar”, se lamentó, llorando. Gimió durante un largo rato, pero él permaneció duro. Geli se tumbó desnuda y asustada junto a Juliet y miró ansiosamente su pene erecto. Sus gemidos se convirtieron en suaves quejidos mientras su pene se acercaba entre sus gruesos muslos. Sus rodillas forzaron a separar sus gruesos muslos. Observó con avidez la fruta abierta, la pulpa rosada entre sus labios vaginales y el clítoris bien entrenado, que se mostraba visiblemente rígido a pesar de su miedo.

La penetró muy lentamente, y su himen se desgarró de inmediato. Ella gritó, aunque apenas lo sintió. La folló lentamente con embestidas firmes; ella permaneció en silencio, aturdida, porque se sentía muy bien. Nunca antes había follado una vagina tan es-

trecha y firme, quizás con la excepción de la hija de 12 años del cuidador. Ese era su único crimen; para entonces, había desflorado a varias niñas de 13 y 14 años del vecindario y las follaba con frecuencia. Las niñas lo deseaban y acudían a él; nunca había violado a ninguna. Nunca lo traicionaron.

Tenía un coño muy apretado, dijo Geli, porque era lesbiana. Todas las mujeres lesbianas tienen coños muy apretados, ¡por eso no se dejaban follar! Un coño sería demasiado apretado para una polla, dijo Geli. ¡Nadie más jamás dijo *coño* ! Él pensó que disfrutaba follándola tanto porque su vagina era tan estrecha como la de una niña pequeña. Se acostumbró a que ella chillara cada vez que se corría, diciéndole que no la dejara embarazada. Se corría dentro de ella cada vez, era completamente inútil. Era demasiado viejo para ser padre.

Geli quería tener sexo todos los días, y con el tiempo tuvo que frenar su dependencia. Se conformaba con que ella tuviera sexo dos o tres veces por semana. El sexo con la fea Geli no lo satisfacía; ella presionaba sus labios contra los genitales de Juliet y la lamía apasionadamente. Nunca antes había podido lamer a Juliet, a pesar de que Juliet se lo había rogado muchas veces. Ahora Juliet había perdido la cabeza, y Geli la lamía de orgasmo en orgasmo. Juliet reía infantilmente cuando miraba la lengua de Geli y su clítoris. El rostro de Geli se contorsionaba feamente durante el orgasmo, y eso mataba cualquier erotismo. Se sabía que Geli se masturbaba todos los días, y mucho más frecuentemente que las demás. Cuando estalló la guerra, las mujeres dejaron de venir.

¡Porque deseaba desesperadamente acostarse con mujeres más jóvenes y guapas! La guerra era terrible, pero quería aprovecharse sexualmente de las refugiadas. Las jóvenes escocesas eran consideradas, en general, muy bellas. Sintió vergüenza por un instante, porque lo único que quería era sexo. Sin duda, era un motivo vil y mucho más despreciable que el de las muchas personas buenas que ayudaban a los refugiados por nobles razones.

Llevaba bastante tiempo jubilado; los pagos eran perfectos, e incluso podía ahorrar un poco cada mes. Pero le molestaba que él y Julieta ya no tuvieran relaciones sexuales como es debido. De vez en cuando se masturbaba en la cama, y Julieta lo observaba con curiosidad, como si nunca lo hubiera visto antes, volviéndose ha-

cia él. Por lo general, eyaculaba dentro de ella sin problemas al final de su masturbación; ella simplemente decía: "¿Eh?" o "¡Oh!". Pero a veces eyaculaba sobre los pechos desnudos de Julieta. Sonriendo, ella se frotaba el semen en ellos y murmuraba: "¡Qué rico!". Luego se daba la vuelta y se dormía.

Ahora estaba en el centro de acogida de refugiados, esperando pacientemente a que lo llamaran. El empleado estaba completamente abrumado por la cantidad de gente y se alegró de que su esposa hubiera ido "al frente" porque... murmuró el resto ininteligiblemente. Podía falsificar la firma de Juliet con los ojos vendados. "Ya firmó", dijo el empleado estresado con un suspiro de alivio, "¡entonces podemos empezar!" y siguió adelante. Ella le presentó a Irina, que tenía dos hijos, Jan y Anuscha, de cinco y seis años. La llevó a casa; Juliet ya estaba dormida. Le enseñó el lugar, la sala de estar con el televisor para los niños, que podían dormir en el amplio sofá. Abrió la puerta del dormitorio y señaló la cama enorme: "¡Juliet, Irina, yo!". Esa era la clave. Había tenido condiciones de sueño mucho peores durante su huida. Irina asintió; parecía no tener reparos en dormir con ellos dos. Los condujo a todos a la pequeña cocina, donde devoraron las pizzas que habían traído. Los niños bebían zumo, Irina bebía el vino tinto como si fuera agua. Bebía mucho todas las noches, eso era evidente.

Ella acostó a los niños; los pequeños escucharon un cuento durante unos minutos y se durmieron. Él esperó en la cocina, y bebieron unas copas más de vino tinto. Él no hablaba tartán, y ella no hablaba ningún otro idioma. Sin embargo, de alguna manera lograron comunicarse. Ella había dejado a su marido abusivo; él la golpeaba y solo la quería para tener sexo. Hizo un agujero con el pulgar y el índice y usó el otro índice para follarlo dentro. Hizo el signo de joder con los dedos de forma tan inequívoca que él le enseñó la palabra: joder. Ella la aprendió de inmediato. Cuando estalló la guerra, su marido, borracho como estaba, agarró un arma y cayó en los primeros días. Muerto. Ella hizo la señal de la cruz y miró agradecida al cielo. Muerta. Su dedo pasó por su garganta, y sus ojos rieron.

La botella estaba vacía, Irina un poco mareada, y fueron al dormitorio. Irina lo agarró del brazo y susurró: "¡No folles!". Él la miró con incredulidad, y ella negó con la cabeza con firmeza: "¡No folles, Irina!". Él asintió y murmuró: "Espera, mi amor", y luego en-

traron al dormitorio. Se desnudó y se acostó junto a Juliet, que también dormía desnuda. Observó a Irina desvestirse muy lentamente. La joven de 25 años no tenía una cara bonita bajo su melena rubia ceniza, pero tenía una figura muy delgada y pechos pequeños y firmes. Casi se quitó las bragas, pero luego lo pensó mejor y se las dejó puestas. Se giró hacia él. Él apartó las sábanas y le hizo un gesto invitándola a acostarse entre él y Juliet. Algo nerviosa, ella se arrastró sobre su erección y se acostó; había suficiente espacio para los tres. Apagó la luz.

Él colocó su brazo bajo la cabeza de Irina. Sus dedos se deslizaron suave y cuidadosamente sobre su piel tersa, y ella se relajó gradualmente mientras sus dedos acariciaban sus pechos y pezones. Ella comenzó a explorar su cuerpo envejecido con caricias, sus dedos rodeando su erección. A él le pareció que ella sabía exactamente lo que estaba haciendo. "¿De acuerdo?" preguntó ella suavemente, su agarre firme sobre su erección. "¿De acuerdo?" Él asintió, pero como ella no podía ver, susurró en voz alta: "¡De acuerdo!" Ella comenzó a frotar su pene muy lentamente y preguntó: "¿De acuerdo?" Él susurró su "De acuerdo" con voz ronca, y ella le hizo una maravillosa masturbación. Ella continuó frotándolo mientras él eyaculaba, limpiando su semen con la palma de su mano. "¿De acuerdo?" preguntó ella, y él susurró: "¡De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo!" La besó en la boca y susurró: "¡Buenas noches, Irina!" y ella dijo: "¡Buenas noches, Jack!" Entonces se durmieron.

Se despertó por la mañana y encontró los brazos de Irina rodeándolo, sus bragas resbalándose. Examinó con curiosidad su vello púbico y sus labios. Tocó sus labios tan suavemente que ella no se despertó. Dejó que sus pensamientos vagaran; un día tendrían sexo, lo sabía con certeza. La despertó después de quince minutos. Los niños estaban despiertos; Irina los llevó a cepillarse los dientes y él preparó el desayuno. Le presentó a Juliet. Ella preguntó cuánto tiempo se quedarían y Jack dijo que se irían en unas cuatro o cinco semanas. Después del desayuno, Juliet se quedó con los niños y él fue con Irina al supermercado de enfrente. Vio que era experta en compras y compraron todo lo que necesitaban, incluyendo dos botellas de vino tinto. Ella quería cocinar, así que compraron escalopes. A la hora del almuerzo, prepararon sándwiches y Juliet llevó a los niños al parque infantil. Estaba completamente enamorada de los niños y su locura desaparecía mientras estaba

con ellos. Él ayudó a preparar la cena en la cocina; Después de cenar, los niños pudieron ver dibujos animados y se fueron directamente a la cama. Julieta también se fue a dormir; esperó en la cocina con el vino tinto a Irina.

Se enteró de que Irina se había estado ganando la vida como prostituta durante los últimos años. Los hombres de Tartan eran excelentes en la cama y pagaban bien. Los gestos de Irina sugerían que los considerados tartanianos retiraban sus penes antes de eyacular. "¡Irina, no, bebé!", dijo, "¡no, bebé!". Muchos querían eyacular en su boca después del sexo; eso no le importaba, eso no hacía bebés. Se metió un dedo en la boca, "¡Pffft!". ¡Así es como los hombres eyaculaban dentro! "¿Jack también?", preguntó, con los ojos brillantes, "¡Pffft! ¿Eyacular en mi boca?". Él asintió con incertidumbre; nunca antes había eyaculado en la boca de una mujer.

¿Había amado a su marido? Puso los ojos en blanco, unas semanas después de la boda. ¿Y los niños? ¡No, son solo mis hijos! dijo con gestos. El hombre no era el padre. Jack se rascó la cabeza y miró a Irina con curiosidad. ¿La había entendido bien? Eran los hijos de su amor de la infancia, a quien había amado mucho entonces. Su marido lo sospechaba, pero ella lo mantenía en la ignorancia; prácticamente se estaba muriendo de celos bebiendo. Jack lo repitió con gestos, y ella asintió con la cabeza: acostarse con un hombre querido de antes y tener dos hijos suyos. Dos. Su marido bebía demasiado y la golpeaba hasta que ella le permitía acostarse con él. Los gestos eran inequívocos: golpeó el puño de Jack, luego lo acarició con los dedos durante un buen rato, diciendo "¡pffft!, ¡pffft!" mientras él llegaba al clímax. Jack asintió con comprensión. Ella le tomó la mano y le besó las yemas de los dedos. "¿Jack, estás bien?" asintió y le tocó la frente. Estaba bien, Jack estaba bien. Dijo que era un hombre inteligente y que había comprendido su historia a la perfección. Él no entendía ni una palabra de tartán, pero la comprendía a ella. Le besó la palma de la mano; era una mujer honesta.

Desde el segundo día en adelante, ella se quitó las bragas, y él miró su vulva, que estaba cubierta solo por un pequeño mechón de vello rubio. Su hendidura parecía juvenil, sus labios menores pequeños y planos; ni los labios menores ni su clítoris eran visibles desde el exterior. Ella le dio tiempo para mirarla, luego se subió encima de él de espaldas, presentándole sus nalgas desnudas. Se

detuvo a mitad de camino e inspeccionó suavemente su pene con los dedos, retrayendo completamente el prepucio y examinando su glande. Sus pequeñas nalgas estaban a solo centímetros de su cara. Lo hizo intencionalmente; no fue accidental. Separó sus nalgas, y él contempló sus genitales, la hermosa carne rosada, y sus labios menores pálidos y planos. Ella lo dejó mirar dentro de su vagina abierta durante minutos; él vio su diminuta abertura, de apenas un milímetro de separación, donde la vulva rosa pálida era apenas visible. Su clítoris era de un rojo oscuro y rebosaba de erección, el botón medio fuera de debajo de su capuchón. Si hubiera sacado la lengua, podría haber lamido el botón rojo, pero no se atrevió. Ella se estremeció cuando su lengua tocó su clítoris. Él exploró su clítoris con la lengua, apartando el pliegue de piel sobre el botón, una y otra vez, durante minutos. Tenía un sabor amargo y agrio. Nunca antes había lamido a una mujer, e Irina nunca había sido lamida, pero ella se dejó. Su lengua danzaba audazmente sobre su botón; después de un largo rato, ella tembló y se estremeció, solo entonces se acostó. Él pensó que había tenido un orgasmo. ¿Tal vez?

Ella le hacía una paja cada noche y le enseñó a eyacular en su boca. Lo había aprendido en su vida como prostituta y lo dominaba. Le lamía y chupaba el glande mientras le frotaba el pene hasta que eyaculaba en su boca. Le lamía y chupaba el pene hasta que quedaba completamente flácido. Sus ojos brillaban de lujuria, luego apagó la luz. Después de que él eyaculara, le palpó la vulva, y ella abrió las piernas con gusto. Encontró su clítoris de inmediato y comenzó a masturbarla suavemente. ¡Eso se sentía increíblemente bien! Después de unos minutos, ella tuvo un orgasmo, le agarró la mano con fuerza y susurró: "¡Irina, no mimasilli, no mimasilli! ¡Amén!". Hizo la señal de la cruz y susurró algo sobre religión y el sacerdote; al parecer, el sacerdote había prohibido el mimasilli. Sin embargo, al diablo con el sacerdote, ella con gusto le permitía masturbarla cada noche y luego lo besaba en la boca. ¡Él era el primer hombre al que se le había permitido masturbarla, ni siquiera su marido!, le explicó, haciendo un gesto suave.

Pero claro, no había ningún sacerdote cerca cuando ella lo necesitaba. Cada mañana le dejaba verla ducharse; él se sentaba en el taburete y fingía esperar su turno. Irina sonreía disimuladamente cuando él la miraba fijamente mientras se duchaba. Con sacerdote o sin él, cada ducha terminaba con ella presionándose el clítoris con los dedos y frotándolo durante unos segundos. Se acurrucaba

en pleno orgasmo y se ponía de pie. Sonreía con culpabilidad y se daba una ligera bofetada simbólica. «No, Irina», imitaba la voz grave del sacerdote, «¡no!». Ambos sonreían y reían.

La acompañó a todas sus citas, a los pagos de ayuda para refugiados, a todas las oficinas gubernamentales. Fue de compras con ella para comprar ropa interior, adquiriendo decenas para los niños y para ella misma. Tuvo que acompañarla al probador, donde se desnudó por completo y se probó cada braguita con picardía. Él casi se abalanzó sobre ella. Ella rió, una risa clara y resonante.

Esa noche, ella lo despertó agitada, y él encendió inmediatamente la pequeña luz. “Juliet, memasilli”, susurró excitada. Juliet rara vez se masturbaba mientras dormía, pero se había quitado las sábanas y se estaba masturbando ruidosamente. Irina miró a su esposa con incredulidad. Él susurró: “¡Juliet, memasilli, memasilli está bien!”. Irina lo miró incrédula y lo observó masturbarse, hipnotizada, hasta que alcanzó el orgasmo. Aparentemente, nunca antes había visto a una mujer masturbarse. Juliet, que se había masturbado libremente toda su vida, se rió alegremente de él cuando se agachó frente a ella y lo observó masturbarse de cerca. Ella se masturbaba todas las noches, e incluso más a menudo, pero él había aprendido rápidamente, y a Juliet le encantaba, en su frenesí, cuando él la masturbaba y ella podía dar rienda suelta a sus fantasías sexuales. También había masturbado a muchas de sus amigas; se había vuelto bastante hábil en ello con el tiempo. Juliet se tiró un sonoro pedo, giró la manta hacia él y volvió a dormirse. Su pene estaba completamente erecto, el clítoris de Irina también. De alguna manera, el vaivén tenía que terminar.

Su mano lo guió suavemente mientras él entraba lenta y cuidadosamente en su vagina. Ella suspiró profundamente cuando él entró y lo abrazó. Él nunca entendería por qué las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella sonrió aliviada y le acarició la cabeza. A su edad, ya nada sucedía rápido; él la follaba lentamente y con profundo placer. Su abertura vaginal era muy pequeña y su vagina muy estrecha; él sintió cómo ella presionaba hábilmente su clítoris contra su pene mientras la follaba. Después de poco tiempo, ella tuvo un orgasmo poderoso, su vagina apretando y amasando su pene. Él se detuvo, asombrado; nunca antes una mujer había tenido un orgasmo mientras él la follaba. Solo continuó cuando ella se hubo calmado y empujó un poco más fuerte. Su segundo orgasmo

desencadenó su eyaculación; él disparó una poderosa carga dentro de ella, y ella agarró su pene en estado de shock. Lo sacó, lo frotó firmemente y dejó que el resto salpicara sus labios. "¡No, cariño!", jadeó horrorizada, "¡no, no, cariño!". Él se desplomó a un lado y murmuró que los viejos no hacían bebés. Apagó la luz.

—¿Joder, vale? —preguntó ella al día siguiente en la ducha, y él asintió, riendo—. ¡Vale, vale, vale! Ella sonrió y se duchó, tarareando una pequeña melodía. Ya se había acostado con muchas de las amigas y conocidas de Juliet —de hecho, con todas—, pero nunca había conocido a ninguna que tuviera un orgasmo durante el sexo. Todas se masturbaban hasta el orgasmo manualmente, con él o solas. Irina podía tener un orgasmo en segundos, tanto durante el sexo como en la ducha. Esta mujer era un pequeño milagro en la cama, y a él no le importaba que se hubiera ganado la vida como prostituta durante los últimos años. Esperaba con ansias el sexo de esa noche y ayudó con las compras y la cocina. Se quedó con los niños mientras coloreaban sus viejos cuadernos escolares con crayones. Compró muchos libros para colorear y crayones nuevos, y los niños lo abrazaron por el cuello, tan genuinamente agradecidos.

Irina se reunía una vez por semana con otras personas que sufrían la misma situación. Les contó que una de ellas estaba siendo obligada a prostituirse por su anfitrión. Irina se quedó impactada y lo miró con incertidumbre. "¿Irina, no una prostituta?", preguntó, mirando sus uñas. "No", dijo él bruscamente, "¡no, no, no! ¡Irina y Jack tienen relaciones sexuales, no con otros hombres!". Se calmó. "Irina y Jack tienen relaciones sexuales, eso está bien, ¿no?", preguntó, mirándola. "Tener relaciones sexuales con Jack, está bien, ¡tener relaciones sexuales con prostitutas, no está bien!", dijo ella con firmeza.

Irina bajó la cabeza. "Irina, una prostituta", susurró avergonzada. Él le tomó las manos. "Eso ya pasó, eso fue en Tartania. Prostitución en Tartania, ¿de acuerdo? ¡Ya pasó!" Apartó la palabra "prostitución" con la mano. "Ahora no, no más prostitución, ¡a Alemania, no más prostitución!" Ella lo miró, herida, y permaneció en silencio. Él señaló con la cabeza hacia los niños dormidos. "Niños, a la escuela", dijo con gravedad, "¡Anuscha, a la escuela!" Señaló primero en una dirección, luego en la otra. "Escuela a la izquierda, prostitutas a la derecha". Irina palideció. Él le explicó la

escuela. “Lectura, escritura, aritmética. Libros, lectura”. Ella comprendió. Asintió con entusiasmo; ¡los niños irían a la escuela y aprenderían, no las prostitutas! Le prometió con vehemencia que Anuscha y Jan irían a la escuela y leerían muchos, muchos libros. Él la comprendió, no sus palabras. Le apretó la mano con fuerza. “¡Anuscha, no una prostituta!”, exclamó. Quería empezar de cero en Alemania; allí tenía amigas que podían emplearla como costurera. Declaró, gesticulando enfáticamente y mirando fijamente a Jack a los ojos, que no quería volver a ejercer la prostitución jamás.

Así que todo continuó con bastante tranquilidad; follaban todas las noches, e Irina le sacaba el pene para que pudiera eyacular. Lo hacía bien, masturbándolo con firmeza mientras él venía y dejando que eyaculara sobre sus labios vaginales. A veces, claro, ella venía demasiado tarde, él eyaculaba dentro de su apretada vagina, y entonces él decía: “¡Uy!”. Ella lo bombardeaba con maldiciones tártaras: “¡Uy, uy, no se supone que vengas dentro, viejo, no quiero un hijo!”. Pero a él le encantaba eyacular dentro de ella y siempre probaba suerte cuando ella tenía un orgasmo. Ella le daba una palmadita en el brazo con una sonrisa y lo abrazaba; en cierto modo, no le importaba que eyaculara dentro. Solo en ciertos días le sacaba el pene con fuerza y justo a tiempo: “¡Irina, no, bebé!”.

Juliet a veces se incorporaba y encendía la luz mientras ellos tenían relaciones sexuales, observándolos. Se masturbaba con una sonrisa torcida, e Irina apretaba con fuerza los genitales de Juliet. Miraba con incredulidad la masturbación de la anciana, y él pudo eyacular dentro de ella sin que ella se diera cuenta. Irina no soltó los genitales de Juliet hasta que el orgasmo de Juliet disminuyó. Irina se había excitado muchísimo al observarlos, y él necesitaba tener relaciones sexuales con ella de nuevo. Respiraba con dificultad después de su orgasmo y pacientemente lo dejó eyacular dentro de ella.

Las mañanas después de esas noches, se masturbaba durante varios minutos mientras se duchaba, generalmente dos veces, y se daba una bofetada simbólica. «¡No te masturbes, Irina!», sonrió el sacerdote con voz grave, «¡no te masturbes!». Confirmó que nunca había visto a una mujer masturbarse antes que Juliet; en Tartanien, era algo muy íntimo.

Por supuesto, se había masturbado todas las noches desde su juventud, pero solo en secreto. Solo su marido la había visto, cuando aún estaban enamorados, en su noche de bodas. Apenas disimuló su decepción al ver que ya no era virgen, y ella, instintivamente, decidió no contarle nada sobre sus amantes anteriores. Él se despertó y la sorprendió en pleno acto. Esa fue la primera vez que la golpeó. «¡Mimasilli!», maldijo, y la golpeó, «¡Mimasilli!». Luego la folló con fuerza y brutalidad. Desde entonces, ella fue muy cuidadosa y nunca más la volvieron a pillar. ¡Necesitaba ese «Mimasilli» todos los días, sin excepción!

El sexo brutal no era lo suyo, aunque podía tener orgasmos maravillosos con él. Lo soportaba con resignación y se masturbaba muy tarde por la noche mientras él dormía la borrachera. Después de su noche de bodas, nunca más le permitió eyacular dentro de ella y lo acariciaba con la mano hasta que se corría. Él estaba demasiado borracho para cambiar eso. Dejó que su novio de la infancia, Janek, casado, tuviera sexo con ella tan a menudo como pudiera, y solo a él se le permitía eyacular dentro de ella. ¡Quería a sus hijos, solo a los suyos! Durante los primeros tres años, solo tuvo sexo con él y con su marido, a quien nunca se le permitió eyacular dentro de ella. Janek se mudó después de que su esposa los sorprendiera repetidamente teniendo sexo. La esposa tenía cierto sentido de la justicia y les gritaba que continuaran. Se quedaba debajo de la puerta y los observaba con lujuria. Cuando él se escabulló como un perro apaleado después de eyacular, ella le guiñó un ojo con picardía a Irina. Seguía volviendo para observarlos teniendo sexo. Cada vez que Irina tenía un orgasmo mientras la penetraban, se llevaba una mano al corazón para calmar sus latidos acelerados. Pronto se acostumbró a observar y una vez sugirió acostarse con ellos. La mujer dudó un buen rato antes de desvestirse y tumbarse desnuda a su lado. Janek penetró a ambas mujeres una tras otra, e Irina observaba con gran curiosidad y lujuria, pues era la única vez que se le permitía verlos tener sexo. Se arrastró bajo Janek para ver su vagina peluda mientras él la penetraba. En lugar de dejar que eyaculara, la mujer se detuvo. Él penetró a Irina dos veces seguidas y eyaculó profundamente dentro de ella en ambas ocasiones. La mujer se cubrió con la manta, e Irina supo que se estaba masturbando en secreto debajo de ella. Janek reveló más tarde que su esposa prefería masturbarse a tener sexo, y lo hacía con mucha frecuencia. Eso facilitaba su infidelidad.

Después de que Janek se fue, Irina comenzó su carrera como prostituta. Una buena amiga le enseñó todo lo que necesitaba saber sobre la prostitución. La ayudó a encontrar un apartamento donde pudiera acostarse con hombres sin que los niños la molestaran. Su marido se enfureció cuando ella se fue, pero la dejó sola y bebió más que nunca. Pasaba mucho tiempo con sus hijos y solo se acostaba con los hombres necesarios para ganar lo suficiente. Aún había cientos de hombres, suspiró Irina, pero no recordaba sus nombres ni sus rostros. Era muy cuidadosa, contaba sus días y solo permitía que unos pocos eyacularan dentro de ella. Si era seguro, le gustaba sentir la eyaculación dentro de ella. En esos días, abrazaba a los hombres con fuerza y los apretaba contra sí, porque le resultaba muy satisfactorio cuando eyaculaban dentro de ella.

Seis semanas después, llegaron sus documentos y billetes. Se despidieron por primera y última vez con un largo beso en el andén; los niños reían nerviosamente y gritaban de vergüenza.

Le entregó un fajo de billetes. «Este dinero también es válido en Alemania», murmuró, y no lo aceptó. «Es para tu comienzo», murmuró, e Irina finalmente exclamó: «¡Comienza!». «¡Sí, gracias, Jack! ¡Anuscha y Jan, comiencen!». Él asintió y besó a los niños con cariño en la cabeza.

Tuvo que marcharse muy rápido para que ella no viera sus lágrimas.

Chica salvaje

von Jack Faber © 2022

Jack se sorprendió bastante cuando el trabajador humanitario llamó para preguntarle si podía acoger a otro refugiado. «Sí», dijo, «¡estaríamos encantados!». Y así aparecieron Olga, de unos treinta y tantos años, y su hija Ilena, una cabeza más alta que su madre y de unos dieciséis. Las invitó a la cocina y tomaron un refrigerio. Olga era menuda y regordeta, con pechos grandes y un rostro tímido y amable. Su marido había muerto en los combates, pero ni Olga ni Ilena estaban de luto. Hablaban algunas palabras de alemán; Olga había trabajado para una compañía naviera internacional y también le había enseñado algo de alemán a Ilena. Les enseñó el apartamento; Ilena dormiría en el sofá del salón. Antes de que Olga pudiera cambiar de opinión, Juliet exclamó con entusiasmo: «¡Durmirás con nosotros, conmigo y con Jack!». Abrazó a Olga espontáneamente y añadió que era bienvenida.

Escuchó pacientemente mientras Olga relataba su aventurera huida. Solo mencionó a su difunto esposo de pasada, pero Ilena intervino indignada. Él a menudo golpeaba a la madre en sus ataques de ira por la borrachera y solo se detenía cuando Olga lo apaciguaba con sexo. No le importaba si yo estaba allí o no. Jack la miró fijamente. “Normalmente salía a la cocina”, dijo la chica. “No quería estar allí cuando ella permitiera que ese monstruo la humillara sexualmente”. Olga se sonrojó y se llevó una mano al pecho, pero permaneció en silencio. Jack volvió a tener la impresión de un ratón asustado. Eso la hacía bastante bonita. Juliet se despidió, tomó su pastilla para dormir y entró en el dormitorio. Él miró a Olga con aprecio; a ella no le importaba que se detuviera en sus grandes pechos y admirara su redondo trasero. Pudo echarle una larga mirada por la parte interior de los muslos y dijo que irían de compras para comprarle ropa interior por la mañana. “Para Lena también”, dijo Olga Clamm, y él rápidamente añadió: “¡Por supuesto!”.

A Lena le permitieron ver las noticias en la televisión y luego se fue a dormir. Olga bebió mucho vino tinto y trató de averiguar más. Su proxeneta había querido violar a Lena, pero ella lo había impedido. “No me molestó”, dijo arrastrando las palabras, “pero

Lena es demasiado joven y nunca…" Buscó una palabra. "¿Follada?", interrumpió Jack, y ella dijo que Lena nunca había sido follada y era virgen. Jack asintió comprensivo; la chica era demasiado joven y era bueno que el proxeneta no la hubiera follado. Olga bebía mucho, pero le contaba todo abiertamente. Lena era hija de su jefe casado, y ella lo sabía. Se había casado con el mecánico Sergei, que no era muy listo y creía ser el padre de Lena. Las cosas fueron bien durante años hasta que Sergei empezó a beber mucho. Golpeaba a Olga sin motivo y solo encontraba paz cuando tenía sexo. Desafortunadamente, Lena a menudo tenía que verlo follar a Olga. Pero la chica permaneció tranquila y callada; no le interesaba el sexo, Olga estaba convencida de ello. Sergei había sido llamado al frente para reparar un vehículo capturado. Los rusos bombardearon la posición y todos murieron. Olga comentó con cierta tristeza en la voz: «Qué lástima, porque Sergei era el único hombre que la había hecho llegar al orgasmo». Jack notó que la chica, de aspecto tímido, lo estaba analizando. La interrogó a fondo; se había acostado con muchos hombres, pero técnicamente, Sergei era el mejor. Por lo demás, sin embargo, era un auténtico imbécil.

Se levantaron y fueron al dormitorio. Él se desnudó y Olga se tomó su tiempo. Cuando vio que él y Julieta estaban desnudos, ella también se desnudó. Él la miró con lujuria; sus grandes pechos eran hermosos, su estrecha cintura acentuaba sus amplias nalgas. Tenía poco vello púbico, debajo del cual se escondían unos labios gruesos. De la hendidura colgaban unos labios menores oscuros, delgados y de aspecto fisurado, bajo el prominente pliegue de piel que cubría el clítoris. Él le acarició la espalda y tuvo una gran erección. Olga sonrió orgullosa y luego se acostó junto a él y Julieta. Abrió las piernas y miró su pene erecto. "¿Quieres hacer el amor, o…?" y miró a Julieta. Él dijo que Julieta no estaba de humor para el sexo, pero él sí. Olga agarró su pene y lo atrajo hacia ella. Él esperó hasta que ella lo guió dentro de su vagina. Ella lo besó en la boca y lo atrajo profundamente dentro de ella. El pene de Jack no era particularmente grande, pero Olga aún tenía que esforzarse para introducirlo en su vagina. Era una vagina muy estrecha, lo cual se sentía maravilloso. Tenía una vagina tan estrecha como la de Geli, aunque Olga no tenía un trasero tan grande. Lo besó una y otra vez y acarició suavemente su cuerpo. Siguió su ritmo y acarició sus nalgas. Cuando él se corrió, ella hundió sus dedos en sus nalgas y lo empujó dentro de ella con fuerza. "¡Solo correte, mi amor, solo correte!", le susurró al oído, y él la penetró y se corrió

hasta que se desplomó a un lado, exhausto. Ella susurró que no podía tener más hijos; el parto de Lena había sido muy difícil. Él la comprendió y la besó de nuevo, luego apagó la luz. La palpó; su clítoris estaba duro y rígido. Ella lloró y presionó su clítoris contra su dedo durante minutos hasta que su bajo vientre se estremeció, y luego le agarró la mano con fuerza. Presionó con firmeza sus dedos contra su clítoris palpitante y susurró con voz temblorosa: «¡No, no, eso está prohibido!». Su cuerpo se sacudió violentamente, y él no estaba seguro de si había tenido un orgasmo. Ella susurró de nuevo que estaba prohibido y apartó su mano. Lloró hasta que su cuerpo se calmó.

Se despertó mucho antes del amanecer. Al principio estaba desorientado, acostado de lado, y podía sentir a Olga contra su espalda. Ella había puesto una mano en su cadera y dormía respirando profundamente. Lena yacía frente a él, con el camisón subido, sus nalgas rozando su pene erecto. Recordaba vagamente que ella había entrado en la cama en silencio en algún momento. Ella le tomó la mano contra la suya con una mano, y esa mano se movía. Se despertó del todo. Ella estaba frotando su pene con sus nalgas mientras se masturbaba; él podía sentirlo con bastante claridad. Ella presionó su mano contra la suya con la que se masturbaba y jadeó suavemente. Sintió que su pene se ponía rígido porque sus nalgas lo rozaban con tanta sensualidad. Pasó los dedos por debajo de la mano con la que se masturbaba y encontró su clítoris.

Ya no pudo contenerse y eyaculó entre sus nalgas. Ella permaneció inmóvil y presionó su glande contra su vagina hasta que cesó la eyaculación, y luego reanudó rápidamente la masturbación. Sus dedos sintieron cómo ella se frotaba con fuerza. De repente, ella se detuvo, sus pequeñas nalgas temblaban y se contraían. Con la mano sobre la que descansaba su cabeza, él palpó sus pechos. Eran pequeños y firmes, sus pezones puntiagudos y duros. Permanecieron inmóviles durante minutos hasta que se durmieron.

Estaba completamente despierto cuando Olga se inclinó sobre él y le ajustó el fino camisón a Lena. La abrazó y la besó, su pene deslizándose casi sin esfuerzo en su vagina. Olga negó con la cabeza y miró a Lena, que dormía. Él lo entendió, y se levantaron en silencio, dejando a Juliet y Lena durmiendo. Se ducharon una tras otra y fueron a comprar ropa interior y el desayuno. Él compró un libro de texto de alemán y un diccionario para Lena. Después del

desayuno, Lena y Olga se volcaron en el estudio, y por la tarde, Juliet fue de compras con Olga. Pronto se hizo evidente que Olga era una cocinera maravillosa. Él tenía que recordarle constantemente a Juliet que llevara dinero. Ella estaba muy impresionada por Olga y su cocina; su delirio desaparecía cada vez que ella y Olga hacían algo juntas. Esa mañana, había visto a Jack introducir su pene en la vagina de Olga y luego tener que retirarlo sin tener relaciones sexuales con ella. Desde entonces, sentía un gran respeto por Olga, que no dejaba que Jack tuviera relaciones sexuales con ella. Él le daba a Juliet una pastilla para dormir todas las noches.

Después de que Olga y Juliet se fueran de compras, Lena se sentó frente a él. Le preguntó si le parecía bien. Él sonrió y asintió, ¡por supuesto! Ella puso un pie en el asiento de al lado, apartó sus bragas y le mostró sus genitales desnudos con descaro. Jack miró sus genitales. Un ligero vello rubio blanquecino formaba una pálida franja sobre su vulva. Sus dedos jugaban con su clítoris, y Jack contuvo la respiración, preguntándose si lo estaba haciendo o no. Quería saber si siempre lo hacía, y ella asintió, todos los días desde la infancia. No le importaba si Olga la pillaba y se le llenaban los ojos de lágrimas, ¡la estúpida! Se sentó y observó sin pudor hasta que terminó. Lena preguntó, sonriendo con desprecio, ¿qué clase de madre se sienta al lado de su hija y la mira masturbarse? A Olga se le llenaron los ojos de lágrimas; cuando Lena llegó, se fue.

Los dedos de Lena frotaron lentamente su clítoris endurecido. Él dijo que su madre lo consideraba prohibido, y ella lo miró con frialdad. “Sí, estaba prohibido, por eso Santa Olga solo lo hacía una o dos veces al mes cuando se bañaba”, dijo Lena con expresión de desprecio. Lo miró con hostilidad. “¿Tú y Olga?” Él sostuvo su mirada y observó su dedo mientras rodeaba su clítoris. “Sí, Olga y yo.” “Pero estás casado con Julieta”, dijo ella, su humor suavizándose un poco. “Sí”, dijo él, “pero a Julieta no le gusta tener sexo conmigo. ¡Prohibido!” Se miraron por un momento más, luego ambos rieron al mismo tiempo. “A tu madre le gusta follar”, dijo él, “¡Yo no la obligué a hacer nada!” “Lo sé”, dijo Lena, “¡Lo sé!” Su mirada lo decía todo; estaba increíblemente cachonda y lo necesitaba de inmediato. Tentativamente, sus dedos tocaron sus labios, y bajó la mirada. Sus dedos habían estado jugando con su clítoris todo el tiempo, frotándolo con deliberada precisión. Jack la miró con ánimo. “No me importa si está prohibido”, dijo Jack, “si lo necesitas, ¡que así sea!”. Ella asintió aliviada. “¡De acuerdo, entonces!”,

respondió, y continuó masturbándose el clítoris. Él le dijo que era una imprudencia dejar que su glande eyaculara dentro de ella, pero ella dijo que no podía pasar nada; aún no le había bajado la regla y no podía quedarse embarazada. Sacó la lengua con picardía y continuó.

Jack se bajó la cintura del pantalón y sacó su pene, que estaba solo medio erecto, y retrajo el prepucio sobre el glande. Ella se quedó mirando su pene y glande, con la boca abierta. Se frotó el clítoris con movimientos circulares. Él sonrió amablemente y la observó durante varios minutos; era obvio que estaba muy excitada, y su estimulación clitoriana se volvía cada vez más frenética. Ella lo miró a los ojos para ver si no le importaba. Él asintió y le guiñó un ojo. Decidida, se frotó el clítoris furiosamente rápido y lo miró hipnóticamente a los ojos hasta que tuvo un orgasmo, con la boca abierta. No había tardado ni un minuto. Presionó un dedo contra su clítoris y miró triunfante a los ojos de Jack. Él la miró amablemente y alentadoramente, tiró ligeramente de su prepucio y murmuró en voz baja que podía intentar penetrarlo con su pene. “Todavía soy demasiado joven para hacerlo bien”, susurró con voz ronca, sacudiendo la cabeza. —Las chicas de Tartanien solo lo hacen cuando tienen marido. —Lo miró con incertidumbre—. Quiero seguir siendo virgen hasta que aparezca el hombre adecuado —dijo en voz baja. Jack la miró con amabilidad—. Me parece bien —murmuró, frotándose el pene hasta que se puso completamente erecto. Lena observó con curiosidad su pene mientras él se masturbaba lentamente. En ese momento, oyeron a las dos mujeres en la puerta, y él se subió rápidamente los pantalones. Quería eyacular, y Lena lo vio claramente. Se rió alegremente y se encogió de hombros con pesar—. Me hubiera gustado verlo —susurró. Tomó el libro de texto y leyó inocentemente unas pocas frases antes de que entraran las mujeres.

Las noches siguientes transcurrieron igual que la primera. Si aún sentía deseo, Olga lo excitaba con sus dedos maravillosamente delicados y le permitía penetrarla por segunda vez. Le encantaba follar y era excelente en ello. Después de follar con él, seguía frotando su pene hasta que se ablandaba por completo. No le gustaba especialmente la postura del perrito y nunca practicaba sexo oral. Durante la primera semana, solo le permitía masturbarla un poco; lloraba suavemente y susurraba con voz ahogada que estaba prohibido. Sollozaba en silencio cuando el orgasmo hacía que su cuerpo

se estremeciera. Pero él persistía, y después de unos días, ella ya no podía detenerlo. Se aferraba a su brazo y presionaba su clítoris contra sus dedos, prácticamente anhelando que la masturbara. Tenía orgasmos entre sollozos y se aferraba desesperadamente a su brazo mientras su cuerpo se agitaba. Con el tiempo, se relajó, llorando en silencio, su mano deslizándose hacia la de él. Juntos le frotaron el clítoris de orgasmo en orgasmo, y a él ya no le importaba que Olga llorara mientras se masturbaba. Aprendió rápidamente cómo lo hacía y le proporcionaba orgasmos maravillosos después de cada encuentro. A ella no le gustaban las pausas y presionaba su clítoris erecto contra sus dedos; lo quería de nuevo inmediatamente. Por lo general, su clítoris solo se ablandaba por completo después del tercer orgasmo. Apartó su mano y susurró que ya era suficiente. Se secó las lágrimas y lo besó con gratitud antes de quedarse dormidos.

Cada mañana, Lena se metía en su cama. Apretaba su pene entre sus nalgas y lo frotaba con ellas hasta que eyaculaba. Su glande penetraba entre sus labios vaginales, y ella lo presionaba contra su abertura para que eyaculara dentro de ella. Él deslizaba sus dedos bajo los de ella mientras se masturbaba, tomando el control cada vez con más frecuencia, y ella frotaba su glande con lujuria entre sus labios vaginales hasta llegar al orgasmo. A diferencia del orgasmo de Olga, el suyo era silencioso y contenido; apenas se inquietaba y solo temblaba ligeramente.

Cuando las mujeres fueron de compras por la tarde, se masturbaron juntas en la mesa de la cocina. Lena se sentó sobre sus muslos y abrió las piernas para que él pudiera verla masturbarse lentamente, esperando hasta que Jack estuviera listo para eyacular. Ella guió su glande hacia su abertura vaginal y lo dejó eyacular dentro. Sonrió ampliamente porque le pareció increíblemente excitante. Su semen era un excelente lubricante, y ella alcanzó el orgasmo en menos de dos minutos. Se apoyó en su pecho y se masturbó de nuevo, durante más tiempo que la primera vez. Él la abrazó fuerte y cerró los ojos; de esa manera, pudo sentir mejor su creciente excitación y su orgasmo. Después, abrieron su libro de texto y estudiaron gramática alemana.

Por supuesto, él había examinado minuciosamente sus genitales después de su primer encuentro. Bien podría haber sido virgen, pero ya no tenía himen. Descubrió que ella se había masturbado

previamente con varios objetos, principalmente el mango de un cepillo para el cabello. Olga siempre abría mucho los ojos cuando usaba el mango del cepillo para el cabello mientras se masturbaba, pero nunca decía nada. Olga estaba muy ansiosa por sorprender a Lena masturbándose y la observaba con una mezcla de curiosidad y lujuria. Lena se reía con dureza; no le importaba si Olga la estaba mirando. Lena insistía obstinadamente en que seguía siendo virgen; después de todo, nunca había tenido relaciones sexuales. Él le creía, pero ahora disfrutaba cuando, al final de su masturbación, ella insertaba la punta de su pene en su pequeña y estrecha vagina y lo dejaba eyacular dentro. Él la dejaba insertar su pene en su pequeña y estrecha vagina cada vez más temprano. Hacía movimientos de empuje cuidadosos antes de eyacular. Pronto, solo se frotaba el pene para que se pusiera duro. Entonces ella insertó cuidadosamente su pene en su vagina, y él la agarró de las nalgas. La folló muy despacio, sin embestir con fuerza, porque ella susurró con miedo que no quería que la follaran. Él asintió y se deslizó lentamente dentro y fuera. Ella se calmó porque no era como Sergei follaba a Olga. Los había visto cien veces, y Sergei embestía con fuerza su pene en la vagina de Olga. Jack, en cambio, no embestía; simplemente se deslizaba dentro y fuera con mucha suavidad. Ella se relajó; él se deslizó y se deslizó, y su excitación aumentó. Antes de correrse, le agarró las nalgas con fuerza y embistió unas cuantas veces. Ella abrió la boca y susurró: "¡No, no me folles!". Él se deslizó tan profundo como pudo y eyaculó embistiendo dentro de su vagina. Ella sonrió porque la había puesto increíblemente cachonda, y se aferró a sus caderas. Se masturbó furiosamente, y él mantuvo su pene dentro de su vagina para sentir su orgasmo. Ella contorsionó su rostro en una mueca mientras se corría en silencio y brevemente. —No, eso no fue follar —confirmó Jack, acariciándole la espalda—. ¡Durante el sexo, tienes que empujar muy fuerte! Él estaba muy satisfecho con la situación, y ella también, así que ahora siempre lo hacían así. Ella entendía que él tenía que empujar para eyacular; no se lo prohibía y, de hecho, le resultaba excitante cuando él empujaba fuerte. Solo por la mañana, cuando ella venía a su cama, él tenía que contenerse por culpa del sueño de Olga. Lena guiaba su pene hacia su abertura y entraba y salía hasta que él eyaculaba. La mayoría de las veces, no podía eyacular porque se había agotado por completo con Olga la noche anterior. Él masturbaba a Lena todas las mañanas, y ella se retorcía de lujuria y deseo. Eran tan cuidadosos que Olga nunca se daba cuenta de nada.

Recibieron la llamada en la tercera semana. Jack los acompañó a la oficina y luego a la estación de tren. Se quedó un rato en el andén; todo había sucedido demasiado rápido para él.

Baile de anillos

von Jack Faber © 2022

Las autoridades enviaron a Jack una familia de refugiados tras otra; rara vez se quedaban más de dos semanas. Las mujeres se quedaban con sus hijos en la sala de estar, y solo se unían a él en la cama una vez que los niños se dormían. La mayoría de estas mujeres eran menores de 30 años y él las encontraba bastante atractivas. Eran delgadas y bien formadas; ninguna tenía las nalgas demasiado grandes ni los pechos demasiado pequeños. Pero ninguna quería tener relaciones sexuales con él. La primera noche, ella se dejó las bragas puestas, se acostó en silencio de espaldas a él y encogió las piernas. Negó con la cabeza con firmeza; no quería tener relaciones sexuales, y lo que él estaba haciendo no le interesaba. Él se masturbó y apartó sus bragas. Eyaculó por detrás sobre sus labios vaginales y limpió el semen con un pañuelo de papel.

Desde la segunda noche en adelante, ella se quitó la ropa interior para evitar ensuciarla. Se acostó de espaldas a él, con las piernas recogidas. Le ofreció sus nalgas desnudas, con los labios vaginales deliberadamente hacia afuera. Él odiaba esta posición de perrito de lado porque era muy agotadora. La penetró profundamente mientras se masturbaba, pero ella apretó las piernas para impedirle la entrada. Antes de eyacular, la agarró de las caderas, la empujó con fuerza y eyaculó dentro de ella. Al día siguiente, ella no apretó tanto las piernas y finalmente le permitió follarla en la posición de perrito. Rechazó todos sus intentos de follarla en la posición del misionero. De alguna manera, era una especie de autoprotección el no tener que mirarse a la cara mientras tenían sexo.

Las folló a todas en la posición de perrito y eyaculó dentro de ella. Estaba furioso, eyaculando profundamente dentro de ella, y en su rabia deseaba embarazarla. La folló mientras le duró la erección y eyaculó tan a menudo como pudo. Ella se mordió el labio para que él no notara su orgasmo. Apretó las rodillas con fuerza mientras la follaban; esa era la forma más cómoda y le facilitaba ocultar sus orgasmos.

Ninguna toleraba que las masturbara. Tenía que mantener los dedos quietos sobre sus clítoris, que aún estaban rígidos por la pe-

netración. Ella tampoco se masturbaba; ninguna de esas jóvenes lo deseaba. Durante el día, evitaban el contacto visual; sentían una profunda vergüenza por haberse dejado penetrar a pesar de todo.

Llamaba a Geli tres veces por semana y desaparecía con ella en el dormitorio. Ella siempre estaba dispuesta a tener sexo y se adaptaba perfectamente a la situación. Entraba y salía en silencio, saludaba cortésmente a las mujeres con trajes de tartán y se iba directamente al dormitorio. A Jack le gustaba su cuerpo voluptuoso, aunque jamás le habría echado un segundo vistazo a una mujer con un trasero tan grande en la calle. Pero cuando llegaba a la cama, solo miraba su hendidura húmeda y su pequeño agujero. Veía, por supuesto, las enormes nalgas y los muslos carnosos, pero lo importante yacía acurrucado dentro de ella, entre toda esa carne, una fruta dulce y apretada, esperando a él y a su polla. Jack nunca pensó en si Geli podía considerarse guapa. Pensaba en el hecho de que le encantaba follar, y que especialmente le encantaba follar con él. Se había acostumbrado a que se quejara de que su coño era demasiado estrecho, porque todas las lesbianas tenían coños muy estrechos. A veces la follaba dos veces seguidas, ella gimoteaba que no debía eyacular dentro de ella y dejarla embarazada. Pero se abalanzó sobre él, sin querer perderse ni una sola embestida, aferrándose a su polla con su coño apretado. Jadeaba y respiraba con dificultad, cada gramo de su cuerpo follando sin sentido. Él embestía una y otra vez en su hendidura carnosa, su polla follando sin piedad hasta que Geli convulsionaba en un orgasmo y lo miraba a los ojos con un grito silencioso. Él eyaculaba profundamente dentro de ella y no la dejaba detenerlo, disparando chorro tras chorro en su vagina. Sacaba su polla, y largos hilos de semen se extendían desde la abertura vaginal de ella hasta la punta de su pene. A veces refunfuñaba que ya tenía 60 años y que no engendraría más hijos. Aparte de sus molestos quejidos, ella era la única de las amigas de Juliet con la que realmente disfrutaba follando. Desde que la había desflorado años atrás, ella siempre había estado feliz de dejar que la follara. Él siempre desempeñaba un papel en sus fantasías de masturbación. Entonces su visita terminó; Geli sabía que tenía que irse justo después del sexo, no quedaba tiempo para la masturbación.

Los refugiados del tercer o cuarto grupo eran peculiares. La madre, Tanja, y su hijo de doce años, Kolja, eran inseparables. Lo hacían todo juntos; él iba de compras con ellos y a varias oficinas gu-

bernamentales. Solo en raras ocasiones ella se sentaba a la mesa de la cocina por las noches y le contaba algo en inglés. El tiempo era lluvioso durante esas semanas, así que se sentaban a la mesa de la cocina por las tardes y leían. Kolja le tapaba la oreja a su madre y le susurraba con atención. Ella lo miraba en silencio, luego ambos se levantaban y iban a la sala, y Tanja cerraba la puerta. Jack no le dio importancia, pero un día se acercó sigilosamente a la puerta de la sala y escuchó, luego la abrió un poco.

Kolya yacía desnudo en el regazo de Tanya, mamando de uno de sus pechos como un bebé. Tanya sostenía su pene en su puño y lo frotaba lentamente. Kolya mamaba y mamaba, y después de lo que pareció una eternidad, ella lo dejó eyacular. Jack volvió a sentarse a la mesa y fingió no haber notado nada. Tanya y Kolya regresaron, y todos leyeron sus libros. Jack se devanó los sesos preguntándose si esto era incesto, pero no estaba del todo seguro. Todas las tardes, Kolya le susurraba al oído a Tanya, y se iban a la sala. Todas las tardes, Jack se acercaba sigilosamente a la puerta y la observaba amamantar a su hijo y masturbarlo. Jack recordó que solía masturbarse cuatro o cinco veces al día cuando Kolya tenía su edad, así que no estaba realmente sorprendido. Pero sí se sorprendió cuando espió por la puerta por la noche después de acostarse. Kolya estaba follando a Tanya con su pequeño pene mientras ella se masturbaba. Los observó teniendo sexo; Kolya eyaculó dos o tres veces. Dejó su pene dentro de su vagina y, tras una pausa, continuó hasta que su pene se ablandó. Jack no pudo conciliar el sueño durante mucho tiempo.

Tanja y Kolja también se quedaron menos de dos semanas, y Jack llamó a Geli. Se acostó con ella hasta el agotamiento, con la imagen de Tanja y Kolja desfilando ante sus ojos. Se lo contó a Geli, quien se sintió asqueada y dijo que era realmente repugnante. Frunció los labios porque, aunque era incesto, lo encontraba increíblemente excitante. Acarició el clítoris de Geli y le susurró que lo necesitaba de nuevo. Ella sonrió y lo atrajo hacia sí.

La siguiente familia estaba formada por Modrag, que rondaba los treinta, sus dos hijas, de ocho y diez años, y su madre, Sofía, que tenía casi setenta. Modrag habría sido su tipo, pero dormía en el sofá del salón con sus dos hijas, mientras que Sofía dormía con él y Julieta en el dormitorio. Sofía era la típica chica de campo, pequeña y regordeta, nada que ver con su estilo. Cuando todos se

fueron a la cama esa noche, Sofía se desnudó hasta quedarse en ropa interior. Sus pechos estaban caídos y se notaba que le avergonzaban sus bragas remendadas. Él abrió el armario y sacó algunas bragas aún empaquetadas. Se agachó y le quitó las viejas. Mañana llevaría unas limpias, dijo en alemán, y volvió a guardar las bragas en el armario. Les dio unas palmaditas con la mano y repitió que mañana llevaría unas limpias. Ella sonrió, aunque no entendió ni una palabra. Sonrió cuando la mano de él se deslizó por su espalda hasta sus nalgas.

Se acostaron en la cama y Jack no sabía cómo ni si lograría que la anciana tártara tuviera sexo con él. Ella susurró con intensidad, pero él no entendió ni una palabra. Permaneció en silencio, expectante, y lo miró de reojo. Vio que su pene estaba solo medio erecto y esperó pacientemente. Luego, subió las piernas y comenzó a masturbarse. Él la observó de reojo y su masturbación lo excitó gradualmente. Observó su cuerpo; no era una belleza, pero sí una anciana razonablemente atractiva. Sus pechos no eran nada del otro mundo, pero tenía unas caderas bien redondeadas y un trasero no demasiado grande. Su vello púbico era gris y escaso. Con una mano, separó sus labios menores oscuros, dejando al descubierto su clítoris. El glande era bastante grande, del tamaño de la mitad de una uña. Con la otra mano, lo frotó rápida y eficazmente; lo había hecho toda su vida. Su clítoris era de color marrón oscuro y sorprendentemente grande; sus dedos lo frotaron rápidamente hasta el orgasmo. Se estremeció casi imperceptiblemente durante su orgasmo, pues había tenido que ocultarlo toda su vida y nunca se había podido permitir el lujo de un orgasmo ruidoso y desenfrenado. Cerró los ojos hasta que el orgasmo disminuyó y lo miró. Él seguía sin poder pronunciar palabra. Ella examinó su erección y dijo algo, muy amablemente. Extendió la mano hacia su erección e hizo un movimiento para masturbarlo. Él dijo que no quería y puso su mano sobre la de ella.

Ella le habló con seriedad, pero él no la entendió. Le susurró que podía follarla cuando quisiera; llevaba años sin tener sexo y notó que su pene estaba ansioso. Sabía perfectamente que los hombres de su edad eyaculaban a diario. Lo miró expectante. Él se movió involuntariamente, pero ella lo interpretó como una señal y lo atrajo hacia sí. Y así fue como él folló a Sofía. Para su sorpresa, ella era muy buena en la cama; se adaptó a su ritmo y la folló con energía y, para su edad, con mucha gracia. Su vagina no era parti-

cularmente estrecha ni seca, pero ella ayudó con la penetración usando su mano y lo abrazó. Él la folló despacio y con cuidado; no quería asustarla. Su respiración delató su excitación, y eso lo llenó de orgullo. Ella apretó sus nalgas contra las suyas cuando él se corrió. Exhausto, se tumbó a su lado y murmuró: «Fue una follada excelente». Ella escuchó las palabras del desconocido y sonrió radiantemente, luego dijo que era tan bueno, ¡ustedes los jóvenes lo necesitan todos los días! Ella asintió con la cabeza, de acuerdo, era bueno que él se hubiera aliviado y que siempre pudiera follarla tan a menudo como necesitara. Él no entendió ni una palabra, pero la abrazó y la besó en la boca. Palpó su clítoris; estaba duro y excitado. Ella puso su mano sobre la de él y dijo: “Ya no lo necesito”. Él dijo que podía masturbarla y movió sus dedos, pero Sofía negó con la cabeza. Sintió cómo la sangre se vaciaba gradualmente de su clítoris y este se volvió completamente blando. Apagó la luz y puso su mano sobre su vulva hasta que se durmieron.

Durante el día actuaban como si nada hubiera pasado, pero por la noche tenían relaciones sexuales mientras él mantenía la erección. Sofía no llegaba al orgasmo durante el acto y se masturbaba después. No le permitía que la masturbara; siempre lo hacía ella misma. Él colocaba sus dedos bajo los de ella para sentir su creciente excitación y orgasmo. El hecho de que ella fuera diez años mayor no le molestaba en absoluto, porque era realmente excelente en la cama.

Esa noche, le pidió a su hija que tradujera al inglés y le contó la historia de su vida. Cuando su esposo murió hacía ocho años, siguió viviendo en su pequeño pueblo y desde entonces no había tenido pareja. Lo miró fijamente a los ojos y él comprendió lo que quería decir. Le tomó la mano y la acarició. Sofía lo entendió de inmediato y bajó la mirada. No quería que Modrag supiera nada al respecto.

Jack sospechaba que ella sabía perfectamente que él se acostaba con su madre, pero Modrag no daba ninguna señal. Cuando la miró a los ojos, pensó que al menos lo sospechaba. No sabía nada sobre la sexualidad de Modrag, aunque la había visto desnuda en la ducha varias veces. Era realmente hermosa, y se devanaba los sesos tratando de encontrar la manera de acostarse con ella. Hablaba con su marido todos los días; él estaba luchando en casa. No tenía ninguna posibilidad, lo presentía.

El tiempo se puso hermoso, y Sofía y Julieta llevaron a los niños al parque. Él ayudó a Modrag en la cocina, y sus dedos se rozaron. Ella no dejaba de mirarlo, con la mirada inquieta y salvaje. Las tareas habían terminado. Jack se puso detrás de ella y la abrazó por detrás. La besó en la mejilla, y ella se apoyó en su pecho. La besó con ternura, sus manos se deslizaron bajo su blusa, sus dedos acariciaron sus pechos. Sintió su creciente excitación; ella suspiró y no se resistió mientras él la conducía al dormitorio. Rápidamente se desnudaron y se tumbaron en la cama. Follaron como locos, Modrag prácticamente devorándolo. La folló durante un buen rato, y ella se levantó como un cohete, masturbándose hasta que su orgasmo casi la destrozó. Jadeó mientras él seguía follándola después de su orgasmo, su excitación seguía alta, corriendo hacia otro orgasmo, sus dedos clavándose en su espalda. Él la penetró una y otra vez, mientras su dedo recorría su clítoris, y ella se convulsionó en un orgasmo, retorciéndose, estremeciéndose y temblando violentamente. Emergió sin aliento de las profundidades, gimiendo cuando él eyaculó dentro de ella. Una vez que él terminó, ella lo apartó de inmediato.

Era la primera vez en meses que tenía un orgasmo, dijo. Desde que su marido se había ido a la guerra, añadió, y lloró. Él la abrazó e intentó consolarla. Ella nunca le había sido infiel a su marido; era su cuerpo el que había reaccionado con tanta intensidad. Lloró en silencio, y él le dio todo el tiempo que necesitaba. Modrag era una mujer hermosa con un rostro curtido. Su cuerpo era delgado y atlético, gracias a su trabajo como profesora de educación física. Sus pechos eran muy firmes y se ajustaban a su esbelta figura. Tenía un vello púbico oscuro, sus labios menores eran tan oscuros como los de su madre, y su clítoris era pequeño y estaba oculto. Su vagina no era muy estrecha, pero sí húmeda y tentadora.

Tenía relaciones sexuales con Sofía todas las noches y luego la observaba masturbarse. Ella se esforzaba al máximo, pero ambos eran mayores y hacían el amor despacio y con calma, como personas mayores. Él tenía que conservar energía y solo tenía relaciones sexuales sin eyacular. Ella le preguntó si estaba haciendo algo mal porque él ya no quería eyacular. Ella le hablaba y le acariciaba el pene. Era muy hábil y a veces lo llevaba al orgasmo antes de masturbarse. Él no entendía ni una palabra y susurraba que quería guardar sus fluidos para la tarde.

Cuando estaba a solas con Modrag por las tardes, follaban hasta que él se agotaba. Ella siempre guiaba su pene hacia su abertura vaginal con la mano, y él siempre podía penetrarla fácilmente. Por lo general, solo eyaculaba una vez, y luego terminaba. Ella le había pedido que no eyaculara dentro de ella, y él sacaba el pene después de empezar a eyacular. Por supuesto, el primer chorro siempre iba dentro de su vagina, pero luego él se retiraba obedientemente. Sonriendo con ternura, ella le frotaba el pene, dejando que el semen salpicara su vulva, y seguía frotándolo hasta que su pene se ablandaba.

Modrag alcanzaba fácilmente el orgasmo durante el sexo, y al principio no le gustaba que él la masturbara. Pero con el tiempo, se relajó y disfrutó de que él la masturbara después del sexo. Dijo que antes de casarse, se masturbaba con frecuencia. Como una adicta, se había dado múltiples orgasmos día y noche desde la infancia; a veces simplemente no podía parar. Se masturbaba y tenía orgasmos al menos tres veces al día hasta que conoció a Janek, su esposo. Él fue su primer y único esposo. En los diez años de su matrimonio, no se había masturbado ni una sola vez; estaba satisfecha con los orgasmos que experimentaba durante el sexo. En los tres meses transcurridos desde que comenzó la guerra, no había podido masturbarse en absoluto, principalmente por los niños, aunque estaba atormentada por el deseo. Especialmente porque otros en el refugio antiaéreo se apareaban como animales salvajes, sin vergüenza, ruidosos y descarados. No les importaba quién los viera. Afortunadamente, los niños estaban casi siempre dormidos, o se tapaban los ojos con las manos y miraban entre los dedos. A menudo fantaseaba con los ojos cerrados, imaginando penes duros penetrando y eyaculando en coños peludos y húmedos. Modrag ya casi no lloraba y no sentía remordimiento alguno. Esperaba que Sofía y Modrag no supieran nada el uno del otro.

Se quedaron otras seis semanas. Jack tenía relaciones sexuales con Modrag todos los días y con Olga por las noches. Lo pasaba bien y disfrutaba teniendo sexo con ambas mujeres. Seguía en el andén mucho después de que partieran hacia Alemania.

La oficina no envió refugiados durante tres semanas; su asistente social estaba de vacaciones. Jack llamó a Geli, a quien no había visto en semanas. Había estado teniendo relaciones sexuales con Juliet durante unos días; ella protestaba, maldecía y odiaba el sexo

cada vez más. Aun así, tuvo relaciones sexuales con ella; siempre estaba muy adormilada por las pastillas para dormir, y sus defensas estaban, por consiguiente, débiles. Él eyaculó con un fuerte jadeo, y Juliet jadeó: "¡Ya basta!" y se dio la vuelta, quedándose dormida rápidamente. Luego llamó a Geli.

Juliet estaba sentada en la cocina, como de costumbre, hojeando las coloridas revistas cuando llegó Geli. El encuentro lésbico había terminado; Juliet ya no quería acostarse con Geli. Él la tenía solo para él y la folló toda la tarde. Durante un descanso, ella le contó que de vez en cuando tenía una aventura con una mujer casada. Relató con dificultad que su marido siempre observaba, y cuando se excitaba, follaba con Geli. Pero no solo tenía un pene pequeño, sino que no duraba mucho y se corría rápido. Ella siempre le sacaba el pene rápidamente; no quería que eyaculara dentro de ella. Pero dijo que el pene pequeño se sentía bastante bien en su coño apretado. Geli miró expectante a los ojos de Jack y se decepcionó porque él no estaba celoso en absoluto. La folló como de costumbre, eyaculando dentro de ella a pesar de sus débiles protestas, y sonrió con malicia. El sexo fue bueno, como siempre. Casi todas las tardes tenían sexo dos veces, y él permitía que Geli se masturbara durante el descanso. Siempre le fascinó cómo su orgasmo hacía que sus 180 kilos se balancearan, temblaran y se contrajeran. Al final de su masturbación, ella se introducía un dedo en la vagina, estimulaba su punto G y dejaba que el orgasmo estallara.

Entonces, la trabajadora social de la oficina llamó para preguntarle si podría acoger a una refugiada durante las próximas semanas. Claro que sí, y le pidió que la enviaran en taxi, ya que tenía poco tiempo. Hizo el amor con Geli por última vez y le dijo que una refugiada llegaría al día siguiente y que la llamaría de nuevo cuando pudiera regresar. Geli asintió, porque sabía que él se tomaba muy en serio la ayuda a los refugiados. Jack, por supuesto, no le contó nada de lo que estaba pasando en su habitación. Llegó el taxi y trajo a la refugiada. Se llamaba Tanja, tenía 23 años y venía sola.

La invitó a pasar, la presentó a Juliet y se sentaron en la cocina a merendar. Tanja era pequeña y discreta, muy delgada y no particularmente guapa. Hablaba un poco de inglés y él podía comunicarse con ella bastante bien. Juliet entendía muy poco, pero escuchaba atentamente. A veces le hacía preguntas y él traducía. Tanja era huérfana, soltera y sin novio. Había trabajado como ayudante

de cocina en un restaurante que había sido bombardeado. Después se escondió con el jefe de cocina, que era gay. Cuando lo reclutaron, la subió a un autobús con destino al oeste y le dio algo de dinero. Estuvo de viaje durante dos meses y finalmente llegó. Aunque al principio no la había encontrado particularmente atractiva, parecía una buena chica, y Jack a menudo se preguntaba cómo sería en la cama. Cayó la noche cuando terminó su informe y ayudó a Juliet a preparar la cena con una destreza encantadora. Después de cenar, lavó los platos en un abrir y cerrar de ojos.

Se sentaron un buen rato a beber vino tinto. Tanja bebió bastante, y a Juliet le dieron una pastilla para dormir. La abrazó y le dijo con firmeza: "¡Vas a dormir conmigo y con Jack en la cama grande!". Tanja lo miró, y él confirmó que Juliet se había encariñado con ella y quería que durmiera con ellos. Dijo que no le importaba, porque a veces su hermano dormía en el sofá, así que esto le venía bien. Claro que no tenía hermano, pero se permitió esa pequeña mentira piadosa para que se metiera en su cama. Tanja asintió, con los ojos llorosos: "Sí, de acuerdo". Se sentó con Tanja en la cocina durante otra hora, y bebieron bastante vino tinto.

Entraron en el dormitorio. Él se desnudó rápidamente y observó a Tanja desvestirse. Tenía pechos pequeños, como los de una adolescente; era muy delgada y su cuerpo parecía el de una niña muy joven. Dudó en quitarse las bragas, pero él le susurró que debía hacerlo. Tenía solo un pequeño vello púbico oscuro; su vulva era dulce y pequeña. Desde fuera, no se veían sus labios menores ni su clítoris. Se acercó a la cama con cierta inseguridad, y él se puso de puntillas sobre la sábana, diciéndole que se tumbara allí. Ella obedeció y miró con temor su pene erecto. Se encogió cuando él acarició su cuerpo. Le preguntó si le tenía miedo, y ella asintió. Él sabía que primero necesitaban hablar.

Él la interrogó con suavidad, y ella se relajó mientras él hablaba, dejando que la acariciara. Ella le dijo que no tenía ninguna experiencia con el sexo. "¿No te masturbas?", preguntó él, y ella no entendió la palabra. Él tocó sus genitales e hizo un gesto hacia la masturbación. "Mimasilli", dijo. Su rostro se iluminó y sonrió tímidamente. "Sí", dijo después de una breve vacilación, "siempre lo he hecho; me ayuda a conciliar el sueño". Él continuó suavemente, preguntándole si alguna vez había tenido sexo con una mujer o un hombre. "Solo puedes tener sexo con un hombre", susurró ella en

protesta, “¡no puedes hacer eso con una mujer!”. Él reprimió una sonrisa y volvió a preguntar.

Dudó durante mucho tiempo; nunca había tenido novio. Había trabajado en la cocina desde los once años y simplemente no tenía tiempo para conocer a nadie. Solo se hacía mimasilli con el dedo todas las noches, y eso era todo lo que necesitaba. El temblor y los espasmos al terminar eran muy placenteros. Y en el refugio antiaéreo, con el cocinero gay, donde se habían escondido juntos durante días de las bombas. Él se masturbaba con frecuencia, y en algún momento, ella también, dijo Tanja en voz baja, mirando hacia abajo. No tenían nada más que hacer, así que lo hacían tan a menudo como querían. Le daba una sensación maravillosa cuando él la observaba y se masturbaba. Pero no hubo más sexo entre ellos, aunque dormían desnudos, acurrucados juntos. “¿Así que nunca has tenido sexo con un hombre?”, preguntó él, y ella miró con tristeza su pene semierecto. Guardó silencio durante mucho tiempo y luego dijo: “Una vez, durante la huida”. Uno de los proxenetas con los que se alojaba no quería dinero de ella; solo quería acostarse con ella. Ella era ingenua y pensó que solo quería acostarse con ella, literalmente, como el cocinero. El proxeneta bebió mucho aguardiente con ella, se acostaron desnudos y él la agarró. Le separó las piernas a la fuerza y le metió el pene en la vagina. Al principio le dolió mucho, pero luego se hizo más fácil, y sintió ese maravilloso temblor y espasmo, como cuando le tocan el clítoris con los dedos. Cuando ella terminó, él continuó durante un buen rato, eyaculando dentro de ella y dejándola sola. La despertó media hora después y lo hizo de nuevo, muy fuerte, y ella sintió ese maravilloso espasmo y temblor repetidamente; fue muy placentero. Después de media hora, él se rindió, y ella tuvo que ordeñarle el pene como a una vaca. Lo hizo durante un buen rato, luego él eyaculó. Rápidamente volvió a meter el pene dentro de ella y eyaculó dentro de ella con embestidas. Había terminado. Tanja permaneció en silencio y lloró en voz baja.

Sintió lástima por el pequeño y feo patito. La atrajo suavemente hacia sí y le acarició la espalda con ternura. La dejó llorar contra su cuello; las caricias le resultaban placenteras. Dijo lo horrible que era el hombre que le había quitado la virginidad sin su consentimiento. Sintió que ella asentía con la cabeza. “Solo duele un poco la primera vez”, susurró, “pero después es muy divertido”. Ella asintió y susurró que también lo había oído. “Los hombres y

las mujeres tienen sexo todos los días; ambos lo disfrutan enormemente, ¡de lo contrario no lo harían!". Sintió cómo su pene se endurecía bajo ella. Con inocencia, extendió la mano por su cuerpo y agarró su pene. "Y", susurró, "te gusta hacerlo ahora, ¿verdad?". Ambos guardaron silencio; él continuó acariciándola, sus dedos rozando sus labios vaginales y su abertura.

Ella miró con curiosidad a Juliet, que dormía profundamente. Él dijo que ella ya no quería tener sexo con él; amaba a las mujeres por encima de todo. Tanja volvió a mirar a la mujer dormida y susurró si Juliet podría mostrarle, ¿qué pasa con las mujeres? Él sonrió y dijo, tal vez. Tanja ya estaba algo excitada por sus dedos, y él le preguntó si quería hacerlo con él. ¡Desde luego que no la lastimaría, eso era seguro! Tanja dejó que él le acariciara el clítoris un rato más y luego se impulsó. "Sí", dijo, "¡pero no me hagas daño!" Él asintió y la acostó a su lado. Se arrodilló frente a ella y la colocó en la posición del misionero. Separó sus labios oscuros con los dedos, frotó su clítoris durante minutos hasta que estuvo completamente erecto, y lentamente y con cuidado penetró la vagina de Tanja. "¿Te duele?", preguntó, y ella negó con la cabeza. "¡No!"

La penetró lenta y deliberadamente, tomándose su tiempo, observando cómo aumentaba su excitación y se aceleraba su respiración. Su clítoris se presionó contra su pene, y ella se estremeció cuando su orgasmo llegó repentinamente. Abrió los ojos y lo miró radiante. "¡Tengo que seguir hasta que eyacule!", dijo, y continuó penetrándola. Ella permaneció en un estado de intensa excitación, jadeando de lujuria, pero antes de que pudiera tener otro orgasmo, él arqueó la espalda y eyaculó dentro de ella.

Ella lo miró con curiosidad y le preguntó si ya había terminado. Él asintió y se acostó a su lado. Sus dedos exploraron su clítoris, que estaba bastante erecto. "¿Todavía lo necesitas para dormirte?", preguntó, y ella lo miró con incertidumbre. Él asintió afirmativamente. "¡Vamos, hazlo!", dijo, y ella dudó un momento. Él comenzó a masturbarla, y ahora su dedo se unió, consciente y exigente. Él la observó masturbarse; después de un rato, ella tuvo un orgasmo, su pequeño cuerpo se estremeció y se retorció ligeramente mientras presionaba su dedo firmemente contra su clítoris. Abrió los ojos y lo miró, radiante. Él la besó en los labios, apagó la luz y dejó que su cabeza descansara sobre su axila hasta que se durmieron.

Después del desayuno, fue de compras con Juliet. Él le había dicho a Juliet que necesitaban comprar ropa interior, tal vez algunas blusas y un par de jeans nuevos. Juliet tomó suficiente dinero e hizo una buena compra. Hablaba incluso menos inglés que Tanja, pero se las arreglaron. Tanja había comprado cerdo asado y papas; era una excelente cocinera, así que tuvieron comidas deliciosas para el almuerzo y la cena. Por suerte, las mujeres también habían traído varias botellas de vino tinto, embutidos y queso para el desayuno. Juliet le había explicado a Tanja que Jack iba a la panadería todas las mañanas antes del desayuno; necesitaba panecillos frescos todos los días.

Tanja quería ir a Inglaterra, así que esa tarde Jack le compró un libro de texto y un diccionario de inglés. Tanja estaba muy contenta y estudiaba con ahínco durante horas cada día. Él se sorprendió mucho cuando Tanja le dijo que nunca había tenido la regla. Ella misma tenía muchas dudas al respecto, pero no lo consideraba un gran problema. Él se sintió muy aliviado; así podría eyacular dentro de ella sin preocuparse por un posible embarazo.

Todos los días después del almuerzo, él tomaba una siesta y tenía relaciones sexuales con Tanja, quien lo disfrutaba muchísimo. A veces, Juliet se unía a ellos en el dormitorio y observaba. Tanja perdía sus inhibiciones y tenía orgasmos maravillosos; a veces, Juliet también se desnudaba, se acurrucaba junto a ellos y se masturbaba con placer. Los tres disfrutaban plenamente de su vida sexual, y Juliet le enseñó a Tanja a practicar sexo oral. Las mujeres se lamían apasionadamente siempre que él necesitaba un descanso. Después de la primera vez, Tanja exclamó entre lágrimas lo maravilloso que era ser lamida.

Se marchó después de siete semanas. Él la acompañó a la estación de tren y repasó la lista de trenes que debía tomar. Le puso un fajo de billetes en la mano. «Esto te ayudará al principio», susurró. Ella le dio las gracias y le susurró al oído: «¡Gracias a ti también por enseñarme a follar!». Conmovido, le dio un último beso francés, y ella prometió escribirles a él y a Julieta. Cumplió su palabra, escribiendo una carta cada mes, y solo dejó de hacerlo después de dos años, cuando se casó con su cocinero. Fue la única tártara que les escribió. Él no olvidó a la mujercita durante mucho tiempo.

La dependienta llamó y dijo que le devolvería la llamada en dos semanas. Jack llamó a Geli; estaba harto de tener sexo con Juliet en contra de su voluntad. Geli estaba cachonda y siempre dispuesta. Él se hundió con avidez en su coño cálido y húmedo y se corrió a gusto. Geli estaba agradecida porque, aparte de Jack, no tenía con quién más tener sexo. A los 33 años, no era tan mayor; la mayoría de las mujeres de esa edad tenían pareja sexual. Pero era gorda y tenía un culo enorme que ahuyentaba a todo el mundo. Así que se alegró cuando Jack la llamó. Gemía cada vez que él se corría dentro de ella, pero de alguna manera estaba segura de que no podía dejarla embarazada.

Llegó de nuevo ese momento. La trabajadora social le señaló varias veces que la abuela que le enviaba necesitaba ver a un médico al menos dos veces por semana. Su pierna lesionada necesitaba tratamiento y que le volvieran a vendar. Él le aseguró que se encargaría de las citas médicas de la anciana y tranquilizó a la trabajadora social; al fin y al cabo, tenía coche. Las dos nietas de la abuela no serían un problema, dijo la trabajadora social, eran muy independientes. Condujo hasta el centro de refugiados y las recogió a las tres. La abuela en silla de ruedas no fue tan difícil como se había imaginado; la silla de ruedas se plegó y desapareció en el maletero. Allí estaban, las Popov: la abuela Jelena, de 72 años, y las gemelas Ginni y Jinni, de 21 años y que eran idénticas. No podía distinguirlas, por más que lo intentara.

La abuela Jelena era ligera como una pluma, y él la subió por las escaleras sin ningún problema. Luego se acostaba en el sofá de la sala y las gemelas la cuidaban. Veía la televisión todo el día y se dormía temprano por la noche. Juliet aplaudió con alegría y dijo que las dos niñas tenían que quedarse a dormir en su casa. Las niñas se apartaron del abrazo efusivo de Juliet, y una dijo que eso no era posible; una de ellas tenía que dormir con la abuela. Las niñas hablaban un inglés excelente, y cuando se dieron cuenta de que el inglés de Juliet era deficiente, hablaron despacio y con claridad. Juliet lo entendió, y se quedaron en la cocina hasta bien entrada la noche.

Las chicas explicaron que su madre había fallecido hacía tres años y que ambas cuidaban de su padre y su abuela. Su padre se había quedado en Tartanien, al mando de una compañía que luchaba contra los usurpadores. Ambas estudiaban economía en la

capital, y su abuela vivía con ellas desde que enfermó. Antes de la guerra, su padre había sido profesor universitario. A Jack no le extrañó en absoluto que las chicas bebieran tanto vino tinto como su abuela en el salón. Una de ellas se levantaba constantemente para traerles una copa.

Las chicas eran idénticas. Iban vestidas igual, tenían el mismo peinado, y Jack habría adivinado que tenían 16 años si no supiera que estaban a punto de cumplir 21. Incluso sus movimientos eran muy aniñados. Eran menudas y delgadas, con pechos pequeños y firmes. Sus rostros eran planos e impecables; solo sus ojos brillantes dejaban entrever su inteligencia. Charlaban alegremente en cuanto Juliet se tomó la pastilla para dormir y se fue a la cama. Entre risas y carcajadas, contaban cómo, en sus aventuras amorosas universitarias, habían engañado a sus amantes, que nunca sabían si estaban con Ginni o Jinni. Jack no pudo evitar reírse con ellas, pues las chicas eran astutas e ingeniosas, pero nunca maliciosas.

La abuela y Julieta ya estaban dormidas; terminaron sus bebidas y las chicas intercambiaron una mirada. Él se adelantó al dormitorio, una de las chicas se acostó junto a la abuela, la otra lo siguió con curiosidad. Antes incluso de que se quitara la camisa, la chica ya estaba desnuda junto a Julieta, sonriendo mientras lo veía desvestirse. “¿Eres Ginni o Jinni?”, preguntó, y ella asintió. “Soy Dschinni”. No tenía sentido preguntar. Se quitó los pantalones y la ropa interior, y su pene semierecto salió a la vista. Ella rió suavemente y se acarició el cuerpo. Sus pechos eran pequeños y firmes, su zona púbica suave y su hendidura juvenil lo ocultaba todo. Lentamente y con lascivia, abrió las piernas; ahora él podía ver sus labios, clítoris y vulva. Su pene se puso cada vez más duro, y ella rió suavemente. “¡Ah!”, dijo, “te gusta mirar, ¿verdad?”. Se acarició los labios y el clítoris con los dedos. Se acercó a la cama y ella le agarró suavemente el pene erecto. “¿Te gusta?”, preguntó mientras le acariciaba el pene. Él negó con la cabeza con firmeza y la miró con avidez a los ojos.

Ella sonrió tímidamente y dijo: “¡Vamos, vamos!”. Él no necesitó que se lo pidiera dos veces y se arrodilló entre sus muslos. Ella susurró que nunca lo había hecho con un hombre antes... solo con hombres más jóvenes o personas de su edad. Él sonrió y dejó que ella guiara su pene hacia la entrada de su vagina. Ambos jadearon,

porque su vagina era tan estrecha que su pene solo entró con dificultad. Él abrazó a la jovencita y la folló durante mucho tiempo. Ella jadeó de excitación pero no tuvo un orgasmo. En el final, él embistió con fuerza y eyaculó dentro de ella. Se dejó caer cansado a un lado y sintió su clítoris. Estaba firme y rígido, y lo frotó suavemente. Su dedo tomó el relevo, y ella se estremeció y se retorció en el orgasmo.

—No te ofendas —dijo ella después—, pero yo lo hago mejor. Él asintió, —Eso está bien —y la besó. Ella besaba de maravilla, y sus besos le devolvieron la erección al instante. Su pene se deslizó casi sin esfuerzo en su vagina húmeda; la penetró durante un buen rato, y entonces ella tuvo un orgasmo. Su vagina estimuló su pene durante medio minuto, y él eyaculó unas gotas. Completamente exhausto, la abrazó y casi al instante se quedó profundamente dormido.

Dos veces por semana, él llevaba a las niñas al médico, donde la enfermera solía atender las piernas de la abuela. La enfermera también parecía ser de Oriente y charlaba sin parar con la abuela. La abuela asentía con la cabeza; él observaba atentamente cómo la enfermera le quitaba la ropa interior. Charlaba con la abuela mientras le palpaba los genitales. La abuela se sonrojó profundamente mientras la charla y las caricias continuaban y la enfermera le abría los genitales con los dedos. La enfermera le aplicaba pomada en los pliegues doloridos de la ingle, así como en los labios y el clítoris, mientras charlaba alegremente en el idioma extranjero. Para su sorpresa, comprendió que las mujeres aparentemente hablaban de mimasilli. La abuela se sonrojó aún más y asintió con la cabeza mientras la enfermera le aplicaba pomada en el clítoris. La enfermera le daba golpecitos en las zonas doloridas, que se extendían hasta las rodillas, le aplicaba polvos y pomada, y le masajeaba suavemente ambos muslos. Contempló los genitales bien abiertos de la mujer de setenta años, pues su gran abertura oscura se contraía cada vez que la enfermera la tocaba. La enfermera observó impasible sus genitales, donde el clítoris se movía rítmicamente con el masaje. La abuela se excitó enormemente con el masaje; él vio la gran abertura en su hendidura y el clítoris, que se ponía cada vez más erecto. Una y otra vez, la palma de la enfermera rozó el clítoris discreta pero firmemente. Tras veinte minutos de masaje y estimulación clitoriana, la abuela gimió, y la enfermera intentó ocultarle que estaba presionando un dedo con firmeza y vibración con-

tra el clítoris. El clítoris se ablandó gradualmente de nuevo, y la abuela se relajó. La enfermera asintió con satisfacción.

Dos veces por semana, él observaba a la abuela masturbarse y le resultaba excitante cada vez. Cuanto más a menudo iban al médico, más diligentemente la enfermera usaba su cuerpo para ocultar el hecho de que estaba dejando que su dedo bailara directamente sobre el clítoris de la abuela. Él se había girado de lado y pudo engañar a la enfermera. La observó atentamente en el espejo mientras ella masturbaba a la anciana. Ella miró con altivez a los ojos de Jack mientras la abuela gemía y la enfermera presionaba su dedo vibrador contra el clítoris de la abuela. Jinni (¿o Ginni?) le dijo una noche que la abuela quería estar sola quince minutos después de cada visita al médico y mandaba a las chicas a masturbarse. Se rió suavemente: "¿No te has dado cuenta de lo excitada que se pone la abuela durante el masaje? ¿Cómo tiene un orgasmo? ¿Cómo la enfermera cuida a la abuela?". La abuela había accedido a la masturbación, dijo Ginni; la enfermera se lo había preguntado antes. Volvió a reírse, y la abuela explicó abiertamente por qué no quería que la molestaran después, sin ocultarlo. Las niñas rieron, se rieron entre dientes y se escondieron. Observaron a la abuela masturbarse rápidamente cada vez, y probablemente ella sabía que la estaban espiando. Ginni dijo que era maravilloso que aún lo disfrutara a su edad.

Jack estaba completamente seguro de que las chicas se turnaban para tener sexo con él. No podía distinguir entre sexo y masturbación; las chicas se comunicaban con gran detalle para engañarlo por completo. Incluso sus menstruaciones coincidían. Ella le hizo una felación profesional y dos semanas después le dijo que no debía eyacular dentro de ella, que era demasiado peligroso. Hizo todo lo posible por obedecer, retirándose tras la primera eyaculación y dejando que ella lo frotara mientras él se corría. Solo sintió un leve remordimiento, ya que al menos había eyaculado dentro de ella al principio. Pero en realidad no importaba; era demasiado mayor para tener hijos. Todas las noches podía tener sexo con una de las dos chicas ebrias, pero nunca por las tardes, ya que preferían estudiar a esa hora.

Las chicas estudiaban todas las tardes y se hacían preguntas entre ellas. No sabían cuándo, ni siquiera si algún día, podrían presentarse a los exámenes, pero no se rindieron. Después de cuatro

semanas, se fueron a Varsovia con la esperanza de continuar sus estudios allí.

La última noche, la puerta del dormitorio se abrió silenciosamente y la segunda chica se acostó junto a ellos mientras él seguía teniendo relaciones sexuales con la primera. «No, debería continuar», dijeron ambas al unísono. Después de que él eyaculara, las chicas le volvieron a poner el pene erecto. Esa noche fue la única vez que tuvo relaciones sexuales con ambas seguidas. Estaba radiante y tuvo relaciones sexuales más a menudo que nunca, una y otra vez, hasta el amanecer.

Las llevó en coche hasta la estación de tren y subió a la abuela, en silla de ruedas y todo, al vagón. Les dio dinero a las chicas, las besó con lágrimas en los ojos y se marchó rápidamente.

Luego vino otra pausa en su trabajo de ayuda a los refugiados. Geli venía a diario y pasaban las tardes en el dormitorio. Él dormitaba durante los descansos y escuchaba a medias mientras Geli relataba sus aventuras sexuales con chicas y mujeres de una manera obscena, picante y vulgar. A menudo se sorprendía porque conocía a la chica o mujer. Esto le producía una excitación especial, ya que ya se había acostado con ella y ahora, a través de las descripciones de Geli, la experimentaba de una manera completamente diferente durante el acto sexual lésbico. Curiosamente, estas descripciones lo excitaban y, para deleite de Geli, su pene se ponía duro y rígido.

Tiempos felices

von Jack Faber © 2022

El empleado le envió a dos hermanas, Tatiana y Nika, y a su hijo Alexei. Él tenía 12 años, su madre Nika 38 y Tatiana 41. Llegaron en taxi y él rápidamente hizo salir a Geli. Las hermanas lo ayudaron a preparar su merienda y le contaron sobre sus vidas, la guerra y su huida. Eran nativas de Reuss, pero la guerra librada por el presidente Iván Romanov, el destructor de Tartania, las había llevado a considerarse tartanianas. Despreciaban a Romanov, quien estaba destruyendo su patria si no podía incorporarla a su Gran Imperio de Reuss. Jack se enteró de que Iván Romanov se llamaba originalmente Serguéi Pondarchuk y había nacido en Tartania. Había adoptado el apellido Romanov por la familia del zar, e Iván pretendía evocar a Iván el Terrible, a quien admiraba profundamente. Era una discusión política muy compleja, y Jack pronto se dio cuenta de hasta qué punto los habitantes comunes de Reuss estaban siendo engañados por la propaganda del presidente. Como en cualquier otro lugar del mundo, eran buenas personas, pero estaban equivocadas. Resultaba paradójico que las hermanas se sintieran escocesas y, al mismo tiempo, comprendieran a la población de Reuss.

Nika era culta; trabajaba como periodista y dirigió el debate en inglés. Tatiana, en cambio, había abandonado los estudios, no lograba encauzar su vida y se ganaba la vida con trabajos ocasionales. Casi siempre escuchaba en silencio, con un inglés limitado. Jack observó a ambas mujeres. Eran algo más altas que las tártaras que había conocido antes, delgadas y bien formadas, con pechos atractivos. Tenían el pelo corto y rasgos nórdicos. Pero sus temperamentos eran completamente diferentes: Tatiana era austera y amargada, Nika optimista y alegre. Alexei leía un libro grueso, pero Jack no podía leer la escritura tártara. «Ciencia ficción», dijo Nika con una sonrisa.

Después de cenar, las dos mujeres y Jack se sentaron a la mesa de la cocina a beber vino tinto; las hermanas también bebieron bastante. Alexei se tumbó en la cama a leer, mientras que Juliet se había tomado una pastilla para dormir y se había quedado dormida. Jack bebió menos que las mujeres, escuchando atentamente

sus conversaciones. Tatiana no creía en las relaciones; había tenido varias y no había podido mantener una. Daba la impresión de no estar muy interesada en el sexo. Los últimos años habían estado marcados por relaciones pasajeras y encuentros de una noche, y había perdido la esperanza de encontrar pareja.

Nika habló poco del padre de Alexei; se habían separado después de un año y el padre no tenía ninguna relación con su hijo. Los intentos de Nika por reconciliarlos fracasaron. Para entonces, Alexei apenas mostraba interés en verlo. Nika tenía una vida sexual activa y variada. Usaba una inyección anticonceptiva y pensaba seguir usándola hasta encontrar al hombre adecuado. Tenía frecuentes encuentros de una noche, algunos de los cuales se convertían en relaciones. Sonrió con picardía al admitir que solo había alcanzado el orgasmo con el padre de Alexei. Esto parecía ser realmente importante para ella, ya que consideraba que la masturbación solo era suficiente para niños o niñas. Él se enfrascó en una conversación con Nika, pues habían tenido experiencias muy diferentes. Ella se mantuvo firme en sus convicciones conservadoras.

Se levantaron; Nika estaba dormida con su hijo, y Tatiana lo siguió al dormitorio. Él se desnudó y la miró desde la cama. Tatiana se desnudó lentamente; su sostén la hacía parecer más grande de lo que realmente era. A él no le importaba que sus pechos no fueran ni firmes ni grandes. Su figura era delgada y bastante atractiva. Ella lo miró, a su cuerpo desnudo y a su pene que se endurecía gradualmente. Dudó solo un instante, luego se quitó las bragas. Tenía vello púbico oscuro y recortado y una hendidura grande y oscura. Los labios menores oscuros, casi negros, colgaban unos diez centímetros. El pliegue de piel que ocultaba su clítoris también era oscuro y prominente. Ella se acercó a la cama y se acostó junto a él. Miró con curiosidad a Juliet, que dormía, y él le explicó la situación. Ella tomó su pene y retrajo el prepucio varias veces, pero él dijo que no quería una masturbación manual.

Él tocó su clítoris, aún suave bajo el pliegue de piel. Ella levantó las piernas y las separó. “Así que”, suspiró con tristeza, “¡ahora estoy pagando por esta estancia!”. Él se quedó atónito. Decía la verdad, pero sonaba muy hiriente. Frunció los labios y palpó sus genitales secos. Ella no dijo nada, y el silencio duró minutos. Su vagina permaneció completamente seca, aunque él podía sentir lo duro y rígido que se había vuelto su clítoris. Palpó su abertura, que era

bastante grande y oscura. Se arrodilló entre sus piernas. La miró a los ojos, buscando alguna reacción, la quisiera o no, pero ella solo lo miró fijamente. Lo miró rígidamente y sin emoción mientras él humedecía su pene con saliva.

Él la penetró con determinación en la vagina. Ella cerró los ojos brevemente y suspiró, "¡Aaah!", luego continuó mirándolo fijamente. No intentó moverse ni participar; permaneció inmóvil y lo dejó hacer lo que quisiera. Después de poco tiempo, él tuvo la impresión de que ella estaba teniendo un orgasmo, pero ella no mostró emoción alguna, aunque el orgasmo duró hasta el final. Jadeó y gimió suavemente, reprimiendo las señales de su clímax con todas sus fuerzas. Tuvo un orgasmo durante unos diez minutos. Él la vio a través de ella y la penetró salvajemente y con fuerza. Sus embestidas intensificaron su prolongado orgasmo. Ella clavó los dedos en su espalda y lo miró con los ojos muy abiertos. Él nunca había visto un orgasmo tan extraño. Sintió que su vagina se contraía; ella suspiró profundamente y no lo soltó. La penetró con fuerza y energía y eyaculó dentro de ella. Exhausto, se acostó a su lado e inmediatamente le agarró el clítoris.

Se quedó paralizada, permitiéndole que la masturbara sin resistencia mientras su orgasmo seguía palpitando. Su bajo vientre se contrajo repetidamente en un orgasmo poderoso, y exhaló ruidosamente. Él nunca había experimentado una sucesión de orgasmos tan excitante. Ella ya no podía controlarse, aferrándose a su brazo con ambas manos y jadeando con cada orgasmo. Después de un rato, le apretó la mano con fuerza y su respiración se calmó. Negó con la cabeza con decisión y dijo: "¡No, se acabó! ¡La mente y el cuerpo piensan diferente!". Lo miró con desprecio y cerró las piernas con gesto desafiante. Jack estaba muy decepcionado y apagó la luz.

En el desayuno, Tatiana evitó su mirada. A la hora del almuerzo, Juliet fue de compras con las mujeres; él se sentó a la mesa de la cocina y le pidió a Alexei que le explicara la historia que estaba leyendo. El chico ya hablaba un poco de inglés e hizo un esfuerzo por contarle el relato futurista. Después del almuerzo, él leyó el periódico, Alexei su libro, y las hermanas comentaron algo al fondo de la sala, quizás en dialecto tártaro o reusso. Tal vez estaban discutiendo; Alexei, sonrojado, aguzó el oído y sonrió con descaro. «Hablan de sexo», dijo el chico con una sonrisa, «¡todo sobre se-

xo!». Se sumergió en su libro mientras las voces de las hermanas se apagaban.

Después de cenar, Julieta y el chico se fueron a sus camas, mientras él se quedó con las hermanas y el vino tinto. Las hermanas también bebieron el vino tinto con entusiasmo, pero él bebió muy poco. Se entabló una conversación interesante; las mujeres querían saber todo lo que él sabía sobre Alemania. Nika tenía una entrevista en tres semanas con una importante editorial de Fráncfort, que buscaba una periodista que hablara alemán de Reuss. La editorial estaba muy interesada porque dominaba ambos idiomas y también hablaba bien inglés. El alemán no era tan importante. Había trabajado en Berlín durante varios meses y le gustaba hablar de esa época.

Cuando se terminó el vino tinto, se fueron a la cama. Para su sorpresa, Tatiana fue a la sala con Alexei, y Nika lo siguió al dormitorio. Cerró la puerta y se quitó la camisa, y allí estaba Nika, ya desnuda en la cama, sonriendo. Rápidamente se desnudó y se fue a la cama. Ella acarició brevemente su pene erecto y dijo amablemente: "¡Vamos!". Levantó las piernas y las separó; él se arrodilló entre sus muslos y la miró. Su cuerpo era esbelto como el de Tatiana, pero sus pechos eran más hermosos, grandes y firmes. Se había afeitado todo el vello púbico; su vulva era grande y oscura. Sus labios menores también eran oscuros y colgaban suavemente. Nunca antes había visto labios menores tan grandes; sobresalían varios centímetros y parecían delgados y en forma de media luna. Ella retiró la piel sobre su clítoris con la mano, y él vio el clítoris oscuro y el capuchón clitorídeo de color rosa pálido. Ella acarició ligeramente el clítoris y lo miró con calculadora. Sus labios menores, que sobresalían, temblaban ligeramente; su clítoris estaba firme y rígido; su vulva brillaba húmeda y brillante bajo la intensa luz. Él la abrazó y la besó en el cuello y en los labios. Ella le devolvió el beso francés, y su erección se intensificó hasta el punto de estallar.

Después de muchos besos franceses, él la miró a los ojos y ella susurró: "¡Está bien, vamos!". Sus dedos guiaron su pene hacia su vagina. Su vagina era suave y no muy estrecha; ella agarró sus nalgas y lo atrajo hacia adentro. Él la penetró lentamente, y ella participó activamente, sus manos en sus nalgas controlando su ritmo. Duró mucho tiempo, y ella respiraba rápida y excitada. Él no pudo

contenerse más y eyaculó dentro de ella. Ella lo apretó con fuerza contra sus nalgas y se masturbó el clítoris rápidamente durante unos segundos. Él sintió su orgasmo con su pene, y ella se aferró a él mientras su cuerpo se estremecía y jadeaba. Cuando ella terminó, él se deslizó a un lado y colocó sus dedos sobre su clítoris.

Su respiración se calmó y hablaron en susurros. “Casi me corro”, dijo ella, “estuve a segundos de llegar”. Él asintió y dijo que era bueno que se hubiera masturbado al final; le gustaba mucho. Le acarició el clítoris y ella susurró que Tatiana era una tonta, que le había contado todo. Probablemente Tatiana lo había insultado porque se sentía como una puta y pensaba que le estaba exigiendo dinero. Él guardó silencio un momento y le preguntó cómo lo veía ella. Nika dijo que era perfectamente natural que los hombres quisieran eyacular. Ella y Tatiana no sabían de antemano que Juliet no quería tener sexo; más bien habían pensado que él tendría sexo con Juliet y no con ellas. Él sonrió. “¿Te habrías quedado callada mientras yo tenía sexo con Juliet?” Ella sonrió y asintió. “Sí, por supuesto”, dijo. “Vimos prácticamente todos los escenarios mientras estábamos huyendo, y ambas sospechábamos que te acostarías con Juliet”. Ella le sonrió con picardía. “¡Tenía muchísimas ganas de verte durmiendo con Julieta inconsciente!” Se rieron a carcajadas.

Él la interrogó suavemente sobre sus hábitos sexuales. Ella admitió libremente que se había masturbado a diario desde la infancia, generalmente justo después del sexo. Había tenido muchas aventuras de una noche y amaba el sexo inmensamente. Solo su padre, Alexei, siempre la había llevado al orgasmo con el sexo, e incluso él quería verla masturbarse después del sexo. “Supongo que a todos los hombres les gusta eso”, rió ella. Él asintió; probablemente era cierto. Sintió que su clítoris se ponía completamente erecto de nuevo y le preguntó si podía. Sonriendo, ella separó las piernas y él la masturbó. Ella le mordió suavemente el pecho para ahogar su grito durante el orgasmo. Él continuó acariciándola suave y tiernamente hasta que su orgasmo disminuyó. Ella susurró que había sido maravilloso y que él era muy hábil. Susurraron un rato más, luego él apagó la luz.

Durante tres semanas, Nika fue una amante maravillosa y muy activa. Él logró que ella llegara al orgasmo varias veces, pero fue

terriblemente agotador. Ella disfrutaba de que él la masturbara y a menudo se masturbaba ella misma. Realmente disfrutaba del sexo.

Él le sonrió a Tatiana, aliviando la tensión, y ella recuperó rápidamente la compostura. Se disculpó, explicando que había malinterpretado completamente la situación y por eso lo había tratado tan mal y lo había rechazado tan duramente. Ahora veía las cosas de otra manera, y Nika la había ayudado a cambiar de opinión. Le susurró que en realidad sí quería acostarse con él, de verdad. Él asintió y le sonrió.

Nika sonrió con complicidad mientras desaparecían en el dormitorio y se iban de compras con Juliet para poder tener sexo sin interrupciones. Tenían sexo por las tardes, y Tatiana llegaba al orgasmo mucho más fácilmente que Nika. Tatiana aguantaba el orgasmo hasta que él eyaculaba. Era como otra persona; tenía sexo casi tan bien como Nika y le dejaba verla masturbarse. Se masturbaba de forma completamente distinta a Nika, manteniéndose en el clímax durante varios minutos y prolongando el orgasmo todo lo que podía. Dijo que ella también se había masturbado desde la infancia, pero no tan a menudo como Nika, que se masturbaba con mucha frecuencia en su juventud, tres o cuatro veces al día, mientras que ella solo lo hacía dos o tres veces por semana. Normalmente no se masturbaba delante de hombres cuando tenía una aventura de una noche. Pero por la noche, Nika siempre se acostaba con él y reía suavemente, diciendo: “¡Soy todo lo contrario a Tatiana!”.

Llevó a Alexei de librería en librería, pero solo encontraron una que vendía libros en tartán. Le compró seis libros, y el chico balbuceó un agradecimiento. Pudo sumergirse aún más en las profundidades del espacio y olvidar la guerra real. De camino a casa, el chico le preguntó por qué Iván el Terrible estaba en guerra, pero Jack no pudo explicárselo; ni él mismo lo sabía. El chico asintió con tristeza, como todos decían.

Inmediatamente después de que Tatjana, Nika y Alexei partieran hacia Alemania, el trabajador social le asignó a los siguientes refugiados: Anna, de 56 años, y su nieto Karel, de 13. Anna hablaba alemán con fluidez; su padre alemán se había quedado en Tartanien después de la guerra, y ella era su hija menor. Aceptó de inmediato cuando Juliet le sugirió que se quedara a dormir en su ca-

sa. Karel tenía edad suficiente para dormir solo en el sofá de la sala, dijo Anna. Sus padres les habían instado a él y a Anna a huir hacia el oeste porque, al ser militar, no tenía permitido salir del país, y ambos querían unirse a la resistencia. Durante la cena, Anna y Karel relataron su aventurera huida. Anna hablaba bien alemán, Karel un poco de inglés. Juliet tomó su pastilla para dormir y se fue a la cama, mientras que Karel se retiró a la sala para ver la televisión y luego dormirse.

Anna y Jack bebían vino tinto en la mesa de la cocina, y él escuchaba la historia de su vida. Había vivido toda su vida en el pequeño pueblo alejado de la capital, habiendo asistido a la escuela solo unos pocos años antes de cuidar a su padre hasta su muerte. Era una mujer menuda y regordeta, de rostro amable y dulce, surcado por arrugas naturales. Con cada copa de vino tinto, Anna se soltaba y pronto le confió sus secretos. Había vivido con su padre toda su vida, sin apenas educación y sin haber trabajado nunca. Se encargaba de la casa y dormía desnuda en su cama durante todos esos años. Su padre nunca la presionó para que estudiara más; tenía una muy buena pensión y algunos ahorros, suficientes para una vida cómoda en el campo.

Desde muy joven, se acostaba con quien le apetecía. Jack sirvió más vino tinto y la interrogó con suavidad. Sí, le encantaba el sexo, y su padre no la reprimía. Se parecía a su madre, que también tuvo muchos amantes. Tras la muerte de su madre, su padre dejó el banco y la ciudad y se mudó al pueblo con su hija menor, Anna. Dormían desnudos en su cama, y desde su más tierna infancia, ella estaba acostumbrada a que su padre se masturbara todas las noches. Él la apretaba contra su cuerpo mientras lo hacía y acariciaba su joven hendidura hasta eyacular. Después de que él eyaculara, se le permitía sostener su pene en la mano, mientras aún fuera pequeña y curiosa. Se le permitía sostener el pene húmedo y duro en su manita e incluso frotarlo muy suavemente hasta que, milagrosamente, volvía a ser suave y tierno.

Tenía once años y en los primeros meses aprendió a masturbarlo, haciéndolo todas las noches. Se sentaba a su lado en la cama con las piernas abiertas y le frotaba el pene. Tenía cuidado de frotar con la velocidad y la presión adecuadas. Siempre sonreía cuando él eyaculaba directamente al aire y su semen salpicaba sus piernas. Él suspiraba de placer y ella seguía frotándolo hasta que su

pene se ponía completamente flácido. Después, él le frotaba suavemente la vulva y solo se detenía cuando ella empezaba a temblar. Nunca había intentado tener relaciones sexuales con su hija. Solo había tenido relaciones sexuales con su madre en toda su vida y no quería tenerlas con nadie más después de su muerte.

A él no le importaba que tuviera muchos amantes y la animó a casarse, pero no pasó nada. Se enamoró mil veces y se acostó con todos, pero no fue más allá. Al hacerse mayor, aceptaba dinero o regalos de sus amantes. No, no era una prostituta, eso era importante para ella, le dijo a Jack. Su padre había terminado su cuarto libro y había muerto hacía diez años; en los últimos años, ella había cuidado de los ancianos y viudos de los pueblos de los alrededores. Era trabajadora social y, como era de esperar, también se acostaba con los hombres. Les hacía recados, les hacía la compra y les cocinaba. Los montaba hasta que eyaculaban o les hacía felaciones si no querían acostarse con ella. Era muy popular entre todos y no se marchó del pueblo hasta que el último anciano fue evacuado.

Anna estaba un poco mareada por el vino tinto cuando se acostaron. Él le explicó la situación con Juliet. Ella sonrió mientras se acostaba desnuda a su lado. No había estado con un hombre en tres meses, desde que se habían fugado, dijo, acariciando su pene erecto. Jack miró su cuerpo. Era regordeta, sus pechos pesados colgaban caídos. Tenía grasa por todas partes, su vello púbico formaba un arbusto negro. Un labio grande sobresalía de su vulva hinchada, el otro era de tamaño normal y estaba oculto. Su vulva era grande y húmeda; no pudo encontrar su clítoris. Ella acarició sus genitales con evidente placer y le preguntó con una sonrisa amigable si quería follarla. Jack asintió; sentía curiosidad por la extraña prostituta del pueblo.

Su pene se deslizó fácilmente en su vagina y ella rió suavemente, ¡mmmh! ¡Qué bien se siente! Follaron despacio y con deliberación, ella irradiaba ternura y lujuria, e incluso se unió un poco. Se excitó mucho y tembló violentamente cuando él se corrió. Le sonrió radiante y lo apretó contra ella, temblando, hasta que terminó. Sacó su pene y lo frotó con fuerza, las últimas gotas resbalando sobre sus labios, y continuó frotando, gota a gota. Murmuró: “¡Ahí lo tienes!”. Asintió con satisfacción cuando su pene se ablandó. Ha-

bía sido una buena follada, una que lo dejó exhausto y cayendo de lado.

Sus dedos buscaron instintivamente su clítoris. Lo encontró, oculto en lo profundo de su suave piel. Al principio, se sintió incómoda mientras él la masturbaba, pero se excitó visiblemente, temblando sin cesar, y tras una masturbación prolongada, experimentó un orgasmo poderoso que la sorprendió por completo. Su cuerpo se estremeció y se sacudió, sus piernas se agitaron incontrolablemente. Poco a poco se calmó.

Ella estaba completamente sorprendida y muy emocionada. Él le explicó que era perfectamente normal, solo un orgasmo. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, llena de preguntas. Él dijo que las mujeres experimentan orgasmos durante el sexo particularmente bueno, pero sobre todo a través de la masturbación. Ella dijo que nunca había oído hablar de orgasmos ni de masturbación. A él le pareció que estaba diciendo la verdad. No sabía nada de eso, susurró, ¡nunca había oído hablar de ello, nunca lo había sentido! Él la interrogó a fondo; ¡seguro que, por Dios, eso no podía ser cierto! Nunca se había masturbado, nunca la habían masturbado, afirmó con seriedad. Cuando era joven, había tenido esa sensación de temblor un par de veces durante el sexo cuando estaba muy enamorada, pero solo un par de veces, y estaba contenta con eso. No, nunca se había masturbado, nunca. Jack la interrogó a fondo, pero ella nunca se había masturbado. El padre a veces le frotaba allí abajo cuando ella le hacía una paja, pero nunca continuaba cuando ella empezaba a temblar.

Anna suspiró y luego le contó el último secreto de su padre. Una chica mayor del pueblo se lo había explicado con detalle, diciéndole que dolió un poco la primera vez, pero que era normal. Había tenido relaciones sexuales con él por primera vez cuando tenía 14 años y se había desflorado en el proceso. Después, su padre la abrazó con fuerza y le susurró con dulzura que ahora era una mujer y que el sexo nunca más le dolería. Desde entonces, la llamó su pequeña esposa y la amó con todo su corazón. No debía tener relaciones sexuales con él, le susurró con seriedad, pero ella era terca y seguía haciéndolo, aunque al principio le avergonzaba. Jack sonrió, porque podía imaginar fácilmente la angustia de su padre. Siempre que su padre le frotaba el clítoris durante un buen rato, ella se excitaba mucho. Luego se sentó sobre su pene y tuvieron re-

laciones sexuales, pero al principio, él no quería tenerlas. Por supuesto, ella tuvo sexo con él hasta que se corrió, pero él no quería y al principio la regañó. No, dijo Anna enfáticamente, él nunca se acostó con ella, solo ella se acostó con él, ¡solo ella! Durante los siguientes 30 años, se acostó con él a veces a diario, tan a menudo como podía provocarle una erección. Sus otros amantes nunca fueron importantes; amaba a su padre con todo su corazón y dormía con él todas las noches. Tuvo un hijo, Yevgeny, a quien crió junto con su padre. Era un buen chico, se convirtió en maestro, se casó y tuvo a Karel. Cuando Yevgeny llegó a la pubertad, naturalmente los oyó a los dos teniendo sexo todas las noches. Ella intentó, por supuesto, explicarle las cosas al perturbado muchacho, y le costó un tiempo comprenderlo. Le creyó cuando ella le aseguró que su padre biológico había sido un conocido casual que ya no estaba, un bueno para nada. Pero ella generalmente evitaba el tema, porque ella misma creía firmemente que su padre era el padre de su hijo. ¡Oh!, dijo Jack, y se quedó en silencio.

Ella follaba a su padre al menos cuatro veces por semana y dejaba que eyaculara dentro de ella porque las masturbaciones se habían vuelto demasiado aburridas. Ella prefería mucho más cabalgarlo, temblar y dejar que eyaculara dentro de ella; eso era lo suyo. Su padre pronto dejó de quejarse; lo esperaba con ansias cada vez y la abrazaba cada vez que tenía una erección o un deseo de ser follado. Ella expertamente hacía que su pene se pusiera duro, luego se subía a él, guiaba su pene hacia su vagina y comenzaba a cabalgarlo. Con los años, él tardaba cada vez más en eyacular dentro de ella, pero eso le venía bien. Le encantaba la excitación y el temblor placentero mientras lo follaba y dejaba que eyaculara dentro de ella mientras temblaba de placer durante un buen rato. Jack dijo que el temblor era una buena señal de un orgasmo inminente, y ella lo miró sorprendida.

El padre tuvo un vínculo físico muy estrecho con su hija menor desde el principio. La niña dormía en su casa después de que su madre enfermara gravemente en el hospital y luego muriera. Él se masturbaba todas las noches y no se lo ocultaba a su hija. Cuando ella tenía unos 10 años, compró la casa en el pueblo y dejó su trabajo y la ciudad. Naturalmente disfrutaba cuando su hija de 11 años le hacía una paja; él le devolvía el favor y le frotaba el clítoris hasta que ella temblaba. A los 14, eso ya no era suficiente para ella; sus deseos se despertaron poderosamente, y un día tuvo relaciones

sexuales con él. Jadeó de lujuria y torpemente introdujo su pene en su vagina. Un pequeño grito escapó de ella cuando se desfloró. Ella lo montó apresuradamente y torpemente; él eyaculó dentro de ella por primera vez y luego la sostuvo en sus brazos durante un largo rato. Estuvo tentado de tener relaciones sexuales con ella, pero se lo había prometido a su esposa. La idea del incesto lo molestó solo brevemente; Él le enseñó a Anna cómo montarlo correctamente. A los 14 y 15 años, sus deseos estallaron por completo; lo follaba varias veces al día, hasta que sentía ese hermoso temblor. Durante 30 años, fue su pequeña esposa, que le pertenecía solo a él. Se acostó con otros cientos de veces por curiosidad, pero nunca pasó nada. Hasta el final, yacía en su cama y tiernamente dejaba que él eyaculara dentro de ella. Incluso la noche antes de su muerte, lo montó hasta que todo su cuerpo tembló y se estremeció. Después, le frotó el pene hasta que eyaculó unas gotas y luego lo frotó como de costumbre hasta que se ablandó. Él sabía que era su última vez y la abrazó con amor. “Mi querida, queridísima pequeña esposa”, susurró y se durmió.

Las noches siguientes, Jack le enseñó a Anna a masturbarse. Ella lo hacía después de cada relación sexual y le encantaba. No le gustaba mucho la postura del misionero y prefería cabalgarlo. Jack chasqueó la lengua, porque ella era realmente buena en eso. Era mucho más atlética de lo que él habría imaginado por sus curvas, y tenía una técnica excelente para cabalgar su pene. Temblaba durante su clímax y lo llevaba al orgasmo maravillosamente. Después de que él eyaculaba, ella se deslizaba un poco hacia abajo y le frotaba el pene. Parecía como si lo frotara como un hombre, vigorosamente, hasta que salía la última gota y su pene se ablandaba. Ella hacía esto cada vez y sonreía con gran satisfacción.

Anna se quedó con su nieto durante tres semanas, hablando con su hijo o nuera día por medio y dejando que Karel hablara con sus padres. Él les contó sobre los libros que él y Jack habían comprado juntos. Claro, el niño travieso dijo que la abuela dormía en la cama de los anfitriones. Los padres se quedaron en silencio, avergonzados, y rápidamente cambiaron de tema. Anna sonrió y le dijo a Jack que sobrevivirían.

La trabajadora social aparentemente le había tomado cariño, ya que él le había agradecido con una caja gigante de bombones, y ella llamó. Finalmente quería hacer la visita a domicilio que tanto

tiempo había pospuesto. Juliet y él la esperaban a media mañana con café y pastel. Su nombre era Barbara Algo-o-algo, y no era tan corpulenta como Geli, pero también tenía pechos grandes y un trasero enorme. Él calculó que tendría unos cuarenta y tantos años; tenía 43, como supo después. Le había dicho a Juliet que debía comportarse, ya que la mujer venía como funcionaria a reunirse con ambos. Juliet se comportó, y tomaron café y comieron pastel. La charla informal fue bastante bien, y Barbara quiso ver el apartamento. Él se levantó y le mostró las habitaciones: el baño y el inodoro, la sala de estar y el amplio sofá, lo suficientemente grande como para que durmieran dos personas, o una madre con sus hijos. Llegaron al dormitorio. Ella se sorprendió de lo grande que era la cama y presionó el colchón para probarlo. ¿Era cómodo? Ella preguntó en tono burlón, y él le respondió coqueteando: "¡Podemos intentarlo ahora mismo!". Ella se paró frente a él; él lo supo desde el principio, pero la dejó hacerlo.

Ella lo abrazó por el cuello sin preámbulos, se besaron sin dudarlo, y el beso apasionado le aceleró la sangre. Miró con incertidumbre hacia la puerta, y él la tranquilizó: Juliet estaba leyendo una revista en la cocina y nunca entraba al dormitorio durante el día. ¡Mi dominio! Se desnudaron en un instante y se tumbaron en la cama. Él estudió su cuerpo. No era muy diferente al de Geli, sus pechos grandes y suaves. Sus muslos y nalgas eran más pequeños que los de Geli, pero aun así un trasero magnífico. Su zona púbica estaba recién depilada, su hendidura larga y rosada, su clítoris y labios menores ocultos. "¿Te gusta lo que ves?", preguntó ella, y él sonrió. "Todo coincide con la hermosa voz del teléfono", respondió. "¿Ves lo que esperas?" De repente se puso seria y tamborileó con la mano a su lado. "¡Aquí, cariño, aquí!" Él rió y se tumbó junto a ella. "¿Condón?" Ella preguntó y él negó con la cabeza: "Ya soy demasiado viejo para eso a los 62 años".

Se arrodilló entre sus piernas, que ella separó voluntariamente. Entre sus muslos gruesos, vio su pequeña abertura y su clítoris, que no era particularmente grande. Se inclinó hacia adelante y la besó. "Tienes que ayudarme", susurró, y ella guió su pene hacia su abertura vaginal con la mano. Con su ayuda, la penetró; su vagina era muy estrecha, pero agradablemente cálida y húmeda. Ella mantuvo la mano sobre su vulva mientras él embestía, primero lentamente, luego cada vez más rápido. Su respiración se aceleró; estaba follando mucho más activamente que Geli, aumentando su

excitación. Sintió su creciente excitación, y entonces sucedió. Ella se frotó el clítoris solo dos o tres veces y provocó su orgasmo. Él embistió rápida y fuertemente en su orgasmo y eyaculó al mismo tiempo. Su bajo vientre se acalambró y se agitó mientras él eyaculaba una y otra vez. Cayó de lado. Se quedaron acostados uno al lado del otro por unos momentos, respirando con dificultad, y Jack bromeó: "¿Visita a domicilio exitosa?". Ella rió, todo su cuerpo riendo con él. —Lo siento, pero de verdad lo necesitaba —susurró ella, y él permaneció en silencio. Se vistieron de nuevo, y ella le preguntó si debía volver. Él asintió: —Sí, sería agradable. Acordaron que ella lo visitaría cuando los refugiados se hubieran marchado; eso sería discreto. Solo después de que ella se fue, él se dio cuenta de que Bárbara no le había preguntado si se acostaría con los refugiados. Efectivamente, ella vino después de que los refugiados se hubieran ido, y tuvieron relaciones sexuales felices y sin ningún problema. Bárbara estaba muy ocupada y tenía poco tiempo para buscar amantes. Dijo que cada vez estaba más cansada para masturbarse por las noches, y eso era muy insatisfactorio. Solía masturbarse todas las noches cuando no tenía amante.

Después de su encuentro íntimo, Bárbara, con un guiño, le asignó a las mujeres más guapas. Irina rondaba los treinta y pocos años, su hijo Pawl tenía catorce, y ambos eran altos y delgados. Irina era costurera y, al igual que Pawl, hablaba bastante bien inglés. Dormía en el sofá del salón con su hijo, decía con firmeza, y le ayudaba a fregar los platos después de cenar. Pawl se iba directamente a la cama después de cenar y veía la televisión. Julieta se había tomado la pastilla para dormir y también se había acostado. Se sentó con Irina a la mesa de la cocina, y ella le contó sobre su vida en Tartanien y su huida.

Era una mujer sencilla y sin educación, de figura esbelta y bonita, que hacía que sus pechos parecieran más grandes de lo que eran. Él quedó prendado de su escote y de su vestido corto de verano. Ella no se percató de que su mirada se detenía en sus muslos, o quizás no le importaba; en cualquier caso, él estaba encantado. Bebió con avidez el vino tinto y, al cabo de un rato, lo miró preguntándose si tenía algo más fuerte. Él negó con la cabeza, y ella sacó una botella medio vacía de su equipaje en el salón. «Vodka», dijo con una sonrisa, «¡Vodka prusiano! Lo único bueno que habían producido los rusos». Evadió todas sus preguntas sobre sexo; el padre de Pawl la había abandonado hacía años y no tenía otra

pareja sexual. Eso era todo lo que revelaba sobre sí misma, y punto.

En el búnker durante la guerra y mientras huía, había presenciado gran parte de la sexualidad de quienes la rodeaban; era a la vez fascinante y repulsivo. Cerró los ojos; no quería verlo todo. Pawl, sin embargo, los abrió de par en par. El sexo a su alrededor estaba corrompiendo a su inocente hijo, dijo con un suspiro. Desde entonces, no ha dejado de ver pornografía en su teléfono, se lamentó, y con eso, cerró ese capítulo. Relató con repulsiva fascinación cómo sus compañeros de sufrimiento tenían sexo en los espacios públicos del búnker, practicaban sexo oral a completos desconocidos o se masturbaban a la vista de todos. Le horrorizaba que las mujeres hicieran públicas sus cosas más privadas, sus cosas más secretas. Él escuchó en silencio, pues no compartía su asco. Se hizo tarde y se durmieron. Jack se acostó con la dormida Juliet, quien después solo gruñó y se tiró un pedo.

Al día siguiente, se aseguró de comprar bastante vino tinto y dos botellas de vodka Reuss mientras hacía la compra. Esa noche, se sentaron a la mesa de la cocina con vino tinto y vodka delante. Ella estaba encantada con la generosidad con la que había comprado el vodka. Pronto se puso de muy buen humor y se volvió un poco más extrovertida. No sabía cuánto tiempo hacía que Pawl se masturbaba, pero lo hacía muy a menudo en el búnker y no lo ocultaba; todos tenían sexo en público. Ella no podía detenerlo, dijera lo que dijera. En los distintos búnkeres, él se pegaba a su cuerpo por detrás por la noche mientras se masturbaba. Solo en la oscuridad le permitía que se pegara a ella mientras se masturbaba; mientras hubiera una luz encendida, ella lo apartaba. Solo cuando estaba completamente oscuro podía tomarse ciertas libertades. Ella lo regañaba enérgicamente, pero en voz muy baja, todas las noches cuando él le bajaba la ropa interior y le metía el pene entre las nalgas mientras se masturbaba. No le importaba que él se frotara contra sus nalgas y eyaculara allí. Apretó las piernas, protegiendo su vagina.

Pronto intentó más, intentó follarla por el culo, pero ella se resistió vehementemente. Unas cuantas veces en los distintos escondites habían visto a mujeres siendo folladas por el culo, pero a ella le parecía repugnante, y Pawl también lo sabía, pero lo intentó de todos modos y recibió una bofetada cada vez. Continuó follándola

por la hendidura de sus nalgas y eyaculó. Intentó alcanzar su vagina mientras la follaba por la hendidura de sus nalgas, levantándole la pierna a la fuerza y separándole las nalgas. Ella ya no podía proteger su vagina. Él era imparable, empujando su glande en su vagina por detrás, follándola sin cesar y eyaculando. Sus protestas fueron ignoradas; se masturbó varias veces por la noche, follándola por detrás y eyaculando dentro de su vagina al final. Esto continuó durante semanas. Jack le preguntó si estaba teniendo orgasmos, pero ella negó con la cabeza. Solo después de que él terminó de eyacular y su clítoris estaba excitado y erecto, ella lo hizo ella misma, en secreto. Irina miró a Jack y se bebió el vodka. Él no le creyó todo y siguió interrogándola. Finalmente, ella admitió que desde hacía un tiempo levantaba la pierna ella misma y dejaba que él la penetrara por detrás. Ya no se resistía; la guerra y la vida en el búnker los habían corrompido a todos para siempre. El chico la penetró dos o tres veces y eyaculó. Ella se cubrió el clítoris con la mano protectoramente y, cuando estaba muy excitada, rápidamente llegó al orgasmo. “¡Se corrió dentro de mí cien veces, el muy cabrón!”. Irina permaneció en silencio durante un largo rato, y Jack la miró en silencio. Ahora le creía.

Ella tomó su mano mientras le contaba cómo Pawl se había aprovechado de su borrachera la noche anterior, quitándole toda la ropa interior y sentándose sobre ella para masturbarse. Se había masturbado sentado sobre ella y se detuvo a mitad de la eyaculación. Ella apretó la mano de Jack pidiendo ayuda, y Pawl se arrodilló entre sus piernas y las separó a la fuerza. La penetró y la folló como es debido, cara a cara por primera vez. Ella apretó la mano de Jack y balbuceó que él había eyaculado rápidamente y luego continuó. Lloró suavemente, luego dijo que estaba muy borracha y tuvo un orgasmo poderoso rápidamente. “No pude hacer nada, tuve un orgasmo”, dijo Irina, sollozando ruidosamente. Todavía estaba aturdida por el orgasmo, y él simplemente siguió follándola. Tuvo otro orgasmo cuando él eyaculó dentro de ella y se apartó, su pene se ablandó. Lloró hasta quedarse dormida. Lloró un poco más, y Jack murmuró tranquilizadoramente que era maravilloso tener un orgasmo mientras la follaban. Dejó de llorar y asintió con tristeza, ¡pero no así! Ella bebió su vodka con rabia y le contó el episodio con todo detalle al menos tres veces. Describió el acto sexual, la eyaculación y los orgasmos con tanta viveza que él pudo imaginarlo todo a la perfección. Se levantaron, él la abrazó y la besó en la boca durante un buen rato antes de irse a dormir. Jack

comprendió que, en su estado de embriaguez, ella no había podido resistir lo suficiente. Pero su orgasmo significaba que su cuerpo había disfrutado del acto sexual, y eso le gustaba.

A la noche siguiente, estaba muy excitada, ya que el vino tinto y el vodka le habían soltado la lengua. Pawl había ido demasiado lejos otra vez, a pesar de todas sus protestas. Le había quitado las bragas por completo y se había masturbado. Le separó los labios vaginales con los dedos, forzó el glande en su abertura vaginal y, a pesar de sus protestas, eyaculó dentro de ella. La segunda vez que se masturbó, la penetró con fuerza, eyaculando dentro de ella. Ella lo abofeteó y lloró. Pero él no había terminado; su pene seguía duro y rígido. La empujó hacia abajo y la folló durante mucho tiempo. Ella tuvo otro orgasmo, mucho antes de que él eyaculara. Aturdida por el orgasmo, lo dejó seguir follándola y lo dejó eyacular. Después de que él eyaculara, ella lo abofeteó furiosa y lo empujó del sofá. Pero él pronto volvió a la cama y ella se durmió, furiosa y enfadada.

Ahora lloraba muy suavemente, agarrando la mano de Jack. "¿Qué voy a hacer, Jack, qué voy a hacer?", repetía entre sollozos. "Entró dentro de mí como un hombre", gritaba una y otra vez. "¿Qué voy a hacer?". Jack le susurró que si no quería incesto, podía masturbarlo. Eso no era incesto, y muchas madres lo hacían. Ella no conocía la palabra, y él se la explicó. Irina dejó de llorar. "¡Haz que se corra con tu mano!". Ella asintió. "De acuerdo, eso haré. Con una masturbación, puede satisfacer sus deseos". "No es incesto", balbuceó con la seriedad propia de la borrachera. "¡No quiero que se corra dentro de mí como un hombre!". Sonrió, borracha y feliz, mientras se dormían.

A la mañana siguiente, notó de inmediato la tensión palpable entre madre e hijo. Pawl pasó todo el día estudiando para sus clases de inglés, absorto en sus libros. Jack acompañó a Juliet e Irina de compras. Por la tarde, se sentaron a la mesa de la cocina y él las escuchaba a medias. Juliet le explicó a Irina que ya no quería acostarse con Jack y que prefería a las mujeres. Irina retiró rápidamente la mano, diciendo que dos mujeres no era natural. Había oído hablar de ello, pero nunca lo había intentado y no quería. Juliet se rió; ¡las mujeres son mejores en eso que un hombre!

Después de cenar, él e Irina se sentaron a la mesa de la cocina. Ella necesitaba mucho vino tinto y vodka para empezar a hablar. Pawl, por supuesto, inmediatamente le quitó la ropa interior y manoseó con avidez su cuerpo desnudo, sus pechos y sus genitales. Ella se dejó, y él se excitó muchísimo. Ella le agarró el pene erecto y le hizo una paja, tal como lo había visto hacer. Le dejó eyacular sobre la sábana, pero su erección persistió. Entonces me empujó hacia abajo y me folló tres veces, eyaculando dentro de mí tres veces, hasta que finalmente su pene se ablandó. Irina lloró en voz baja y apretó la mano de Jack con fuerza.

Me quedé en shock y horrorizada. Después de que él vino, no me soltó y dejó su pene erecto dentro de mí antes de volver a follarme. Me hizo llegar al orgasmo la primera vez, incluso antes de que él se corriera. Estaba completamente sorprendida, y dejó su erección dentro de mí. Empezó a follarme de nuevo y me hizo llegar al orgasmo otra vez, se corrió una segunda vez con fuerza dentro de mí, y luego hizo una breve pausa. Su pene permaneció erecto y dentro de mí. ¡La tercera vez que follaron, duró tanto que tuve dos orgasmos! Ella estaba muy avergonzada de tener un orgasmo cada vez que follaban, pero Jack la consoló, diciéndole que era perfectamente normal. “Se corrió tres veces seguidas”, se quejó ella. Él la consoló lo mejor que pudo y luego le preguntó si realmente no quería el incesto. Ella lo negó horrorizada, diciendo que no era normal y que estaba prohibido; todo el mundo lo sabía. Lloró y sollozó, diciendo que solo había tenido sexo con el padre de Pawl y que no había estado con un hombre en más de 12 años, ¡y ahora él! ¡Su propio hijo!

Jack la dejó llorar y la consoló lo mejor que pudo. Si no quería acostarse con Pawl, porque no quería, podía acostarse con él y Juliet. Ella le preguntó si aún se acostaba con Juliet, y él respondió que sí, pero que a Juliet no le gustaba nada. Irina pensó durante un buen rato, y él le preguntó si le molestaba que se acostara con su esposa... Ella lo miró de reojo. Claro que no, dijo arrastrando las palabras, era perfectamente normal entre parejas casadas. Esta vez lo siguió al dormitorio. Se desnudaron, pero ella se dejó las bragas puestas. Él la miró; realmente tenía una buena figura y unos pechos hermosos y firmes. Con esas piernas bien formadas, podría haber sido modelo. Su pene se había puesto erecto al mirar su hermoso cuerpo, y ella observó con curiosidad su erección. Permaneció tumbada boca abajo y observó con los ojos perdidos en

un estupor de borrachera mientras él se acostaba con Juliet. Por supuesto, notó que Irina se había metido una mano en las bragas y se estaba frotando, porque estaba demasiado borracha para hacerlo a escondidas. Incluso antes de que él eyaculara, sus nalgas palpitaban y se contraían en pleno orgasmo, y eso lo excitó tanto que se corrió. Juliet gruñó, murmuró y volvió a dormirse. Borracha, Irina susurró que era obvio que Juliet no quería que la follaran. La besó en la boca y luego apagó la luz.

El ambiente entre madre e hijo seguía siendo gélido. Por las noches, él hablaba largo y tendido con Irina sobre su vida sexual, y ella escuchaba mientras bebía. Le sorprendía que algunas mujeres escocesas se hubieran acostado con él, y lo interrogaba abiertamente. Por las noches, se quitaba la ropa interior antes de acostarse. De nuevo, se masturbaba tumbada boca abajo, mientras él eyaculaba dentro de Juliet. Esperaba a que Irina terminara y luego la giraba boca arriba. La abrazaba, la besaba en la boca y apagaba la luz. Esto se repitió durante tres días más, casi siempre igual. Tras una vacilación inicial, ella le devolvía el beso francés. Al tercer día, Irina se tumbó boca arriba, lo observó hasta que eyaculó y continuó masturbándose a pesar de que él la observaba. Cuando terminó, él la besó de nuevo en la boca, y ella le devolvió el beso francés. Él apagó la luz.

Todo cambió la noche siguiente. Irina estaba completamente borracha y lo detuvo cuando se acercó a Julieta. Lo abrazó con fuerza y le susurró que no sabía si realmente quería hacerlo. Después de muchos besos apasionados, ella abrió las piernas y él la penetró mientras la besaba. Ella siguió su ritmo y se entregaron al amor durante un largo rato. Su respiración se aceleró cada vez más y tuvo un orgasmo intenso mucho antes de que él eyaculara. Permanecieron acostados uno al lado del otro durante un buen rato, susurrándose. Había tenido su último orgasmo con el padre de Pawl y estaba feliz de haberlo experimentado de una manera tan hermosa. Durante las agresiones de Pawl, también había tenido orgasmos, pero principalmente se había sentido asustada y herida.

Pawl estaba furioso porque ella ya no quería acostarse con él, y discutieron en voz baja en su propio idioma, que Jack no entendía. Pawl, consumido por los celos, la hirió profundamente y la llamó prostituta, pero ella lo ignoró. Le dijo sin rodeos que era antinatu-

ral que una madre se acostara con su propio hijo y que jamás lo volvería a permitir: ¡se acabó para siempre!

Durante las siguientes cuatro semanas, tuvo relaciones sexuales con Jack todas las noches, y siempre llegaba al orgasmo rápida y fácilmente. A veces tenía orgasmos múltiples y se reía diciendo que él era un buen amante. Eso lo halagaba, pero sabía que era solo porque a él le costaba mucho eyacular. A ella le encantaba el sexo y los orgasmos. Solo un par de veces, después del acto, quiso seguir teniendo relaciones sexuales y le permitió que la viera masturbarse.

Aprendió a masturbarse gracias a una amiga después de que el padre de Pawl se marchara. En los meses siguientes, él solía ir a su casa para tener relaciones sexuales, a pesar de estar casado con otra mujer. Ella susurró que nunca más volvió a tener pareja. Se masturbaba todas las noches durante esos años; le resultaba muy reconfortante. En su juventud, no tenía ni idea de que existiera la masturbación. Solo había oído hablar de ella por su amiga, quien se la enseñó y la llevó al orgasmo con los dedos la primera vez. A partir de entonces, lo hacía todas las noches, pero nunca delante de nadie; era algo secreto y privado.

Irina y Pawl continuaron su viaje cuatro semanas después, rumbo a Colonia.

Buenos tiempos

von Jack Faber © 2022

Varias familias lo siguieron, a menudo quedándose solo una o dos semanas. Las mujeres dormían con sus hijos, y casi ninguna con él. Las que sí dormían con él no tardaron en tener relaciones sexuales. Sonreían con picardía mientras él explicaba la situación con Julieta y asentían con entusiasmo. Eran de una generación mucho más joven y les encantaba bailar toda la noche, tomar éxtasis y tener sexo en cada oportunidad. Solo se es joven una vez; había que aprovechar lo que se pudiera. Con un hijo, casada, ¡había que estar al tanto de todo! Él estaba muy complacido; tenían entre 18 y 30 años, y tenían relaciones sexuales de forma muy activa y voraz. Algunas eran bastante guapas; sus pechos se movían con firmeza cuando se masturbaban durante el sexo. Así era como lo hacía esta generación. Pero también disfrutaban mucho de que él las masturbara.

Pero si la mujer se negaba rotundamente a tener relaciones sexuales, él invitaba a Geli por la tarde; ella siempre accedía encantada y le brindaba un sexo placentero. Estaba convencida de que él no podía embarazarla y ya no se quejaba cuando eyaculaba dentro de ella. Aún jadeaba cuando él penetraba su estrecha vagina, y también cuando la penetraba con fuerza y eyaculaba dentro de ella. Pero lo disfrutaba y se alegraba enormemente de que él tuviera relaciones sexuales con ella.

La oficinista Barbara venía regularmente a tener sexo. Estaba muy contenta de que él también lo tomara con naturalidad y de que para ambos siguiera siendo puramente físico. Ella lo llamaba justo después de que la familia se fuera y le buscaba a las mujeres más guapas. Pero durante semanas fue como si estuvieran bajo un hechizo; las guapas madres se acostaban con él, y estaban perfectamente felices de dormir desnudas con él. Rara vez era posible algo más que admirar sus hermosos cuerpos con evidente placer. Todas toleraban que él acariciara sus cuerpos desnudos, pero rechazaban categóricamente cualquier insinuación por su parte: nada de sexo, nada de masturbación. Casi todas le hacían una paja; algunas incluso lo masturbaban en la boca y le dejaban eyacular dentro. Al menos eso era algo.

Entonces llegó Lin con sus hijas. Eran gemelas de 13 años, Wen y Wei, que pasaban todo el día estudiando idiomas con su madre: tártaro, mandarín e inglés. Lin hablaba inglés con ellas y con Juliet. Eran chinas de pura sangre que habían vivido en Tartania; al igual que Lin, el padre de las niñas también provenía de la ciudad de Guangzhou. Lin llevaba años divorciada y había trabajado con él en la comunidad tártara-china hasta la guerra. Las gemelas dormían en el sofá de la sala y Lin dormía con él. Ella dormía desnuda en sus brazos, pero al principio no quería tener relaciones sexuales.

La mujer de treinta y tantos años tenía una figura esbelta y juvenil, y pechos pequeños y firmes. Se sintió muy avergonzada cuando él le separó los labios menores con los dedos. Pero finalmente le permitió que, con curiosidad, le inspeccionara los genitales durante varios minutos. Examinó sus labios menores, el clítoris y la vulva. El clítoris era desproporcionadamente grande y parecía bien tonificado; la vulva no era muy estrecha, húmeda ni mojada. En su perineo, vio una gran cicatriz del parto. Le tocó la vulva, pero ella negó con la cabeza enérgicamente. Sabía que tenía que darle tiempo. Por las noches, se sentaban a la mesa de la cocina con vino tinto y vodka, y Lin le contaba su historia de vida y su vida sexual abiertamente y con gran detalle.

Vivían en Guangzhou, pero cuando ella tenía 10 años, se mudó a Tartania y ha vivido allí desde entonces. Su padre era un científico de renombre que aceptó una cátedra en la universidad de Tartania, y se quedaron allí. De niña, dormía entre sus padres en la cama y aprendió a masturbarse de su madre, quien se masturbaba todas las noches antes de dormirse. Nunca presenció a sus padres teniendo relaciones sexuales. Su madre dormía con un camisón corto y se masturbaba felizmente todas las noches, incluso con su hija en la cama. Su padre nunca se masturbó durante los años en que Lin dormía a su lado. Usaba pijamas de seda a rayas, y cuando Lin tenía unos 6 o 7 años, exploró con curiosidad el cuerpo de su padre. Durante los baños de fin de semana, a veces le permitían tocar su pene y retraer suavemente el prepucio para mirar el glande rosado. Pero, según Lin, nunca lo masturbó porque no sabía nada al respecto en aquel entonces.

A su padre le encantaba cuando ella se masturbaba, presionando su cuerpo desnudo contra su espalda y nalgas. Su mano descan-

saba sobre su vulva, y la observaba con lujurioso interés. A medida que crecía, metía la mano debajo de sus pantalones de pijama. Su pene flácido se endurecía, y ella lo sujetaba firmemente mientras él se masturbaba. Lo sujetaba con fuerza, y a veces él lo movía en su mano y eyaculaba. Él le había explicado exactamente cómo funcionaba todo. Ella había descubierto que podía hacer que eyaculara apretando su pene con fuerza varias veces. Apretaba y apretaba hasta que él corría. Él ponía su mano sobre la de ella si no quería eyacular. Su madre sonreía torcidamente cuando ella hacía que su padre eyaculara. Ni ella ni su padre hicieron ningún comentario al respecto; parecía perfectamente normal que su hija hiciera que su padre eyaculara. Lo hacía todas las noches hasta que cumplió 16 años y durmió en la cama de sus padres, luego tuvo su propia habitación.

Lin bebía vino tinto y vodka como la mayoría de las mujeres escocesas, pero nunca bebía demasiado. Se acostaba en la cama de espaldas a él, sujetándole la mano con fuerza cuando él llegaba al oscuro vello púbico. Le sujetó la mano con fuerza toda la noche. Él percibía su tensión sexual, pero ella la soportaba con firmeza. No se oponía a que él quisiera masturbarse como alternativa al coito. Él se masturbaba y eyaculaba sobre sus nalgas; a Lin no le importaba. Juliet dormía profundamente; él no tenía ningún deseo de tener sexo con ella. Lin le ponía la mano en el pene cuando él eyaculaba, pero no tomaba la iniciativa durante los primeros días. Le acariciaba el pene flácido con mucha suavidad hasta que ambos se dormían. Solo tenía que darle tiempo; sin duda tendrían sexo más tarde, estaba convencido de ello.

Lin hablaba poco de su matrimonio. Él era su primer y único marido, solo quería tener relaciones sexuales los domingos por la mañana y aceptaba en silencio que Lin se masturbara todas las noches. No era bueno en la cama, y ella estaba profundamente decepcionada porque él era tan desinteresado como su padre. Ella se había criado en Tartania y era tártara de pura cepa; él tenía una mentalidad china, y esto fue lo que los separó. El divorcio transcurrió sin incidentes; trabajaron en la misma empresa y continuaron teniendo relaciones sexuales después, siempre los domingos por la mañana. Las gemelas sabían que no debían molestar a sus padres mientras tenían relaciones sexuales. Lin estaba segura de que las niñas las observaban por la rendija de la puerta, pero no dijo nada. Lin estaba emocionalmente unida a él, aunque detestaba sus ideas

políticas. Él la había desflorado cuando tenía 16 años, y eso la ataba a él, aunque realmente no era bueno en la cama. Tenía un pene pequeño, juvenil, no se masturbaba, y ella tenía que frotarlo con la mano durante el sexo para que pudiera eyacular. Él solo podía eyacular cuando ella le frotaba el pene, que estaba dentro de su vagina, con la mano. Había probado todas las posiciones posibles y descubrió que solo podía eyacular con sus caricias. Era increíblemente frustrante. Cuando la empresa cerró durante la guerra, decidió escapar.

Como hacía todas las noches, inspeccionó los genitales de Lin; su clítoris palpitaba y estaba rígido. Lo tocó y ella suspiró profundamente. Él frotó suavemente su clítoris, sintiendo su creciente excitación. Ella no lo detuvo mientras él la masturbaba. Su clítoris estaba rígido y se presionaba voluntariamente contra su dedo; su abertura estaba hinchada y pronto tan húmeda y mojada que goteaba. Antes de llegar al orgasmo, estiró los brazos invitando. Él la penetró con cuidado y suavidad; ella mantuvo los ojos cerrados y suspiró profundamente. Su pene se deslizó sin esfuerzo en su abertura húmeda e hinchada. Follaron lenta y deliberadamente; Lin sonrió y le sonrió radiante. Él estaba cerca de su clímax y ella lo apretó contra ella; él empujó y eyaculó con alivio. Ella se masturbó el clítoris por un momento y tuvo un orgasmo justo un momento después de él. Él se desplomó a su lado y recuperaron el aliento. “Eso fue muy agradable”, susurró ella, mirándolo de reojo. Él asintió; Fue maravilloso y muy agradable, no podía imaginar nada mejor. “Eres solo mi segundo marido”, susurró ella, “¡y mucho mejor que el primero!”.

Al principio, Lin parecía insegura sobre si quería seguir teniendo relaciones sexuales con el anciano. Él la cuidaba bien a ella y a los gemelos, y permitirle tener sexo con ella era en gran parte una expresión de gratitud. Pero también era algo completamente nuevo para ella. Solo conocía el tipo de sexo que había experimentado con su marido. Jack le mostró algo totalmente diferente, un tipo de sexo que sus amigas describían. Un tipo de sexo que la llevaba al orgasmo. Un pene más grande que el del hombre chino, y duro. Jack no necesitaba frotarla; eyaculaba solo. Y estaba claramente complacido cuando ella llegaba al orgasmo después de que él eyaculara. Preguntó si los gemelos se masturbaban, pero ella no lo sabía. Pensaba que aún no lo hacían. La acarició muy suavemente mientras se masturbaba hasta que se quedó dormida.

Su viaje a Inglaterra se retrasó interminablemente. En la quinta semana, habló por teléfono con Barbara, quien se enteró de que los chinos estaban causando problemas a los ingleses. Lin se enfureció; ¡esto solo podía venir de su exmarido! Lo llamó varias veces y luego le contó a Jack con una sonrisa que le había enseñado a su exmarido algunas palabras nuevas de los bajos fondos de Guangzhou. Había castigado a los gemelos en la cocina; ¡ya no podían escuchar esas conversaciones entre sus padres!

Wen sonrió descaradamente, y Wei formó una V con sus dedos índice y medio, la colocó sobre la mesa de la cocina y señaló con un dedo la parte inferior de la V para indicar masturbación. Él asintió; sí, eso era exactamente lo que quería decir, eso era exactamente lo que preguntaba. Las chicas se miraron y se sonrojaron. Tuvo que prometer solemnemente no contarle nada a Lin al respecto, y ellas susurraron que lo habían estado haciendo durante muchos años, observándolo en secreto. No, normalmente lo hacían por separado y lo mantenían en secreto. A cambio, querían saber si él y Lin...? Él asintió afirmativamente; sí, a tu madre le gusta mucho, y él no la había obligado a hacer nada. Creo que a tu madre realmente le gusta que la follen. Las chicas casi se ahogaron de risa nerviosa y avergonzada cuando dijo *"que la follen* ". Él sonrió con picardía porque a todas las chicas de esa edad la palabra en sí les resultaba excitante. Tuvo que jurar mil juramentos más, y las chicas le contaron todos sus secretos. Se llevó un dedo a los labios otra vez; ¡no se lo diría a nadie! ¡Jamás!

Pasaron seis semanas, luego siete. Él estaba perfectamente feliz, por supuesto, porque Lin era maravillosa en la cama. Para él, ella podría haberse quedado meses o años; hacían el amor felizmente y sin complicaciones todas las noches. Prácticamente nunca tenía la menstruación con regularidad y estaba segura de que no podría tener más hijos. Juliet dormía profundamente y nunca la molestaba, ni siquiera cuando tenían sexo apasionado. Lin había descubierto por sí misma cómo excitarlo de nuevo con la boca y la lengua, porque la segunda vez duró lo suficiente como para que ella tuviera un orgasmo durante el acto sexual. Esto era completamente nuevo para ella y muy, muy satisfactorio. Afirmaba que ese orgasmo era mejor que cualquier cosa que pudiera lograr con los dedos. Él estaba feliz, aunque se dio cuenta con creciente pánico de que ya tenía 62 años. Apenas logró tener una erección la segunda vez y al día siguiente tenía un dolor muscular considerable.

Por el contrario, Lin estaba de muy buen humor al día siguiente, llena de energía, gritándole a su exmarido por teléfono y exasperando a las autoridades inglesas. Él, en cambio, languidecía en la mesa de la cocina, escuchando a los gemelos estudiar y oyéndolos susurrar las últimas noticias sobre su sexualidad infantil. Cuando Lin iba de compras con Juliet, uno u otro le enseñaba a escondidas cómo masturbarse. Él sonreía ampliamente e incluso se olvidaba de sus músculos doloridos. Wen y Wei se masturbaban de maneras muy diferentes.

Wei subió las piernas al asiento, su falda se subió dejando al descubierto sus bragas. Las apartó y acarició sus labios carnosos. Su pequeño clítoris era apenas visible. Se frotó rápida y firmemente hasta llegar al orgasmo. Wei se quitó las bragas antes de volver a subir las piernas a la silla. Tenía una zona genital similar a la de Lin, y su clítoris también era comparativamente grande y prominente. Empezó muy despacio y aumentó el ritmo hasta alcanzar el orgasmo. Después del orgasmo, continuó frotándose lentamente hasta que su clítoris se ablandó de nuevo. Los orgasmos de las chicas eran completamente silenciosos y sacudían sus pequeños cuerpos. Justo antes del orgasmo, lo miraban con expresiones de éxtasis y sufrimiento, y cuando terminaba, sonreían con orgullo. Las gemelas eran muy hábiles para ocultarle sus secretos a Lin, y él nunca sospechó nada. Nunca tocó a las chicas; ni siquiera se le pasó por la cabeza. Las chicas se masturbaban casi todas las tardes y le dejaban mirar, sonriendo con picardía y disfrutando enormemente.

Lin y las niñas recibieron sus papeles de inscripción en inglés en la décima semana. Él las llevó a la estación de tren y, llorando, besó a Lin; ella le devolvió el beso apasionado, con lágrimas corriendo por su rostro. Seguía llorando mientras besaba tiernamente a las gemelas en la cabeza. Nervioso, comprobó que Lin hubiera anotado correctamente los números de tren y los horarios de conexión, y que el dinero de la inscripción estuviera bien guardado en su bolso. Permaneció en el andén hasta que partió el tren. Seguía llorando cuando se sentó en el vagón.

Un intermezzo

von Jack Faber © 2022

Barbara le enviaba familias con madres muy guapas, pero no todas estaban dispuestas a participar. Eran viudas o tenían maridos en el frente a los que estaban muy unidas. Él dependía de Geli, que siempre estaba encantada de ir. Las familias solían marcharse después de una o dos semanas. Solo unas pocas de las jóvenes madres eran verdaderamente apasionadas y se entregaban con facilidad; se acostaban con él con entusiasmo, aunque solo se quedaran unos días. Barbara cumplía su palabra y acudía a tener relaciones sexuales con él cada vez que cambiaban de pareja. Él prefería acostarse con ella que con Geli porque ella se masturbaba hasta el orgasmo, y era un verdadero placer eyacular justo en medio de su orgasmo.

Barbara le envió a Vanessa y a su madre. Vanessa tenía 31 años, su madre 54 y estaba muy enferma. Él la llevaba al hospital cada diez días para recibir radioterapia. Hasta hacía un año, Vanessa había sido modelo y ganaba bien. Cuando su madre enfermó de cáncer, abandonó su carrera de inmediato para cuidarla. Sus ahorros se esfumaron tras el inicio de la guerra, y pasaron meses en un refugio antiaéreo. Solo unos pocos admiradores las visitaban allí, llevándoles comida y ropa limpia. Ella estaba muy agradecida por las donaciones y los recompensaba con una aventura fugaz y secreta. Desafiante, Vanessa bebió un vaso grande de vodka tras otro mientras se lo contaba a Jack esa noche en la mesa de la cocina. Antes del refugio, había podido elegir a sus amantes por instinto y deseo. Ahora tenía sexo para conseguir más, dijo con amargura. La guerra lo había destruido todo. Lloraba en silencio y fumaba un cigarrillo tras otro.

La madre dormía en la sala y prefería estar sola. Veía la televisión durante el día y se alegraba de que emitieran canales en inglés como la BBC y la CNN. Entendía el inglés bastante bien, pero cuando Jack o Juliet le hablaban, Vanessa traducía. Vanessa hablaba inglés con fluidez y entendía un poco de alemán, francés e italiano. Había viajado por toda Europa cuando aún era una modelo muy solicitada. Abandonó su carrera sin dudarlo cuando su madre enfermó gravemente. Vivían en un refugio antiaéreo y, una

vez a la semana, llevaba a su madre al hospital por rutas secretas. Cuando el hospital fue destruido por los cohetes Reuss, decidió escapar. Vendió lo único de valor que aún poseía: su cuerpo. Todos los hombres de Tartia la conocían por los carteles y anuncios; seguía siendo muy bella y deseable. Esta moneda le permitió escapar, aunque no le quedaba ni un céntimo.

Jack no la conocía de antes, pero a ella le gustaba hablar de su escape, del modelaje y de su sexualidad. La primera noche después de cuidar a su madre, le contó todo, abiertamente y sin dudarlo, incluyendo su sexualidad y sus aventuras sexuales. Había mantenido en secreto su masturbación infantil; era algo privado y tabú. El fotógrafo que la descubrió y la hizo famosa la desfloró a los 17 años y siguió siendo uno de sus muchos amantes durante el resto de su vida. En esos 15 años, se había acostado con más de mil hombres; dejó de contarlos al llegar a 750. El método anticonceptivo habitual en Tartanien era la inyección, que se renovaba anualmente. Tuvo muy pocas relaciones que duraran más de una semana. Los hombres deseaban su cuerpo, pero a la mayoría no les importaba que tuviera mente, espíritu y alma. Era buena promocionando su cuerpo y había podido comprar una casa unos años antes. La casa ya no existía, bombardeada y acribillada a balazos. No poseía nada.

Bebió el vodka como si fuera agua; le soltó la lengua y le contó todo abiertamente. Ya no estaba sobria, pero tampoco borracha. Él seguía hablando de sexo. «Si quieres acostarte conmigo, está bien, no me importa», dijo ella, añadiendo que no era un problema para ella. Había comprado su cuerpo y sentía que era natural que tuviera que devolver cada favor de alguna manera. Entonces sintió que ya no recibía nada gratis. No quería nada gratis, punto. Discutieron sobre este tema durante un buen rato porque Jack no quería que lo vieran como un chantajista. Siempre había dado rienda suelta a todas las mujeres y se sentía incómodo ante la idea de que lo vieran como tal. Por supuesto, sabía que eso era solo la mitad de la verdad. Pero Vanessa se negaba rotundamente a recibir nada gratis e insistía obstinadamente en acostarse con él. Le explicó la situación con Juliet y que ella había tomado una pastilla para dormir. Bebieron unas copas más y entraron en silencio en el dormitorio.

Vanessa esperó hasta que él se desnudó y se acostó en la cama. Ella se desnudó lenta y deliberadamente, queriendo impresionarlo con su cuerpo. Sonrió sutilmente al ver su erección creciente. Era alta, delgada y muy hermosa. Ni una pizca de sobrepeso. Sus pechos eran pequeños y firmes, su zona púbica suave y su vulva juvenil, sus piernas largas y preciosas. Se metió en la cama y se sentó a horcajadas sobre los muslos de Jack. Sonriendo soñadoramente, agarró su erección y la frotó. Era obvio que tenía mucha práctica con las masturbaciones. Él dijo que no quería una. Ella asintió y guió su pene hacia su vagina con infinita lentitud. Se mantuvo erguida, cabalgándolo con gran destreza. Podía sentir que él estaba a punto de correrse y se inclinó sobre él, besándolo y susurrándole que podía correrse ahora. Lo abrazó con fuerza, moviendo sus nalgas. Sabía exactamente cómo mover su trasero para volverlo loco. Jack sintió que se le subía con fuerza y se corrió. Ella no dejó de ordeñarlo con su trasero giratorio hasta que su pene se ablandó. Se besaron con un beso largo y apasionado, luego ella se acostó a su lado. Sonrió ampliamente, sabiendo que lo había hecho muy bien. Él había visto que su clítoris estaba rígido e hinchado por la excitación y extendió la mano. Su cuerpo se relajó mientras él la masturbaba suavemente. Su orgasmo fue intenso, aunque no se dejó llevar por completo. Ella lo besó en la boca y dijo que era muy bueno en eso, mejor que muchos hombres. Sonrió antes de que él apagara la luz y murmuró que tenía que hacerlo ella misma otra vez antes de quedarse dormida. Él sonrió y asintió. Podía sentir en la oscuridad que ella se estaba frotando fuerte y vigorosamente, todo su cuerpo tensándose y temblando en el orgasmo. Se hizo un gran silencio y se durmieron.

Vanessa estaba hablando por teléfono con media Europa y seguramente ya había conseguido algún que otro contrato. Ella y Jack revisaron su galería de fotos para decidir qué imágenes eran bonitas y no demasiado pornográficas. Tenía miles de fotos que, según los estándares occidentales, eran pura pornografía, y a Jack se le hacía agua la boca mientras ella, en silencio, transfería todas las fotos y vídeos a su portátil. Vio que muchas de las imágenes entraban en la categoría de pornografía infantil. Vanessa permitía que chicos menores de 16 años tuvieran sexo con ella, y había muchas fotos del glande del niño eyaculando en la vagina abierta. Vanessa aún los conocía a todos por su nombre y le describía cómo se había tomado la foto o el vídeo. También había fotos de niñas y niños muy pequeños teniendo sexo; estas imágenes lo excitaban

enormemente. Para Vanessa, no era nada fuera de lo común que una niña de 13 años estuviera encima de ella siendo penetrada por un chico de 14. Se reía alegremente cuando se sentaba a la mesa de la cocina con Jack mirando esas fotos y sentía una necesidad imperiosa de masturbarlo.

Vanessa no pudo aceptar ninguna de estas ofertas de trabajo porque no había tratamiento disponible para su madre en su destino. El tratamiento solo era posible en Viena, Zúrich y Berlín, pero no fue hasta la quinta semana que logró combinar el tratamiento con un trabajo en Berlín; allí encontraría un apartamento. Esto fue muy decepcionante para Jack, ya que disfrutaba del maravilloso sexo con Vanessa todas las noches, incluyendo las masturbaciones secretas bajo la mesa de la cocina. Ella sonreía cuando miraban juntos fotos o videos pornográficos, pero su sonrisa era alentadora y amigable. Le daba un codazo juguetón a Jack si volvía a tener una erección unos minutos después de una masturbación. Nunca antes había conocido a una mujer que pudiera lidiar con su voyeurismo masculino de forma tan abierta y amable. Rara vez le tomaba más de un minuto llevarlo al orgasmo durante una masturbación.

Una semana antes de que Vanessa partiera hacia Berlín, se supo que el presidente ruso aparentemente había muerto. Se sentaron frente al televisor durante horas, viendo las noticias. La madre de Vanessa casi sufrió un infarto al oír la noticia; gritó y lloró durante minutos. Vanessa tradujo: “¡Por fin, el perro está muerto!”. Los rusos no emitieron ningún comunicado, y los informes de los medios occidentales eran confusos e inexactos. Ivan Romanoff se había desplomado durante una comida, posiblemente envenenado. En otros lugares, se decía que le habían disparado. Otros sabían que había sido arrestado o secuestrado. Cada emisora, cada comentarista tenía su propia teoría. Los propios rusos no hicieron comentarios; el vicepresidente Ivanoff continuó con sus actividades, y la guerra en Tartania prosiguió sin tregua.

Vanessa se había ido a Berlín y Barbara había venido para tener sexo. No le importaba mucho la política; la guerra estaba inundando la ciudad de refugiados y el trabajo seguía igual. Ahora enviaba a Melanie, una viuda de 29 años, y a sus dos hijos, un niño de 12 y una niña de 10. Los niños dormían en la sala y veían la televisión hasta quedarse dormidos. Melanie, de complexión robusta, no era

una madre estricta; los niños se portaban bien y hacían lo que querían. Todas las noches, Melanie les advertía que no vieran la televisión demasiado tiempo. Los niños asentían obedientemente, encendían la televisión y se quedaban desnudos bajo las sábanas. Con curiosidad infantil, exploraban sus cuerpos y jugaban inocentemente a ser mamá y papá, tal como habían visto hacer a su madre. Melanie parecía saberlo, pero no decía ni una palabra.

Melanie estaba realmente entusiasmada, se lo dejó claro a Jack en su primera noche juntos. Se decantó por el vino tinto y rechazó el vodka. Bebió con gran entusiasmo hasta estar bastante mareada, pero nunca demasiado. Al principio, le contó que su marido había muerto en un accidente laboral nueve años antes; estaba embarazada de nueve meses y había sido una época difícil. Se rió, porque fue precisamente durante ese periodo difícil cuando su sexualidad había despertado como un cohete. Como un cohete, repitió con una sonrisa, y antes de eso, solo se había masturbado un poco, tal vez tres o cuatro veces por semana. Había sido una época dura, pero de repente tenía un carisma al que ningún hombre podía resistirse. Ahora tenía mucho tiempo para los hombres y para masturbarse. Él le preguntó, y ella respondió que probablemente había habido cerca de cien hombres desde que se había quedado viuda. Antes de eso, solo había tenido a su marido; le había entregado su virginidad y nunca le había sido infiel. ¡Jamás!

Jack asintió y dijo en inglés que ella era una mujer excepcionalmente decente. No conocía a una sola mujer que nunca hubiera engañado a su marido. Ella le tomó las manos repetidamente y le contó sobre los cien hombres con los que se había acostado desde entonces. Hasta la guerra, había trabajado a tiempo parcial como profesora de inglés y podía permitirse un buen apartamento en la capital. Había dos habitaciones, una para los niños y otra para ella y sus amantes. Hacía poco que había descubierto que los niños espiaban por la rendija de la puerta. Su hijita se le había escapado, y Melanie se había asegurado de que la puerta estuviera bien cerrada. Logró que la niña admitiera que los niños habían estado jugando a ser mamá y papá desde entonces, tal como habían visto hacer a su madre. Melanie apretó las manos de Jack con fuerza, y las lágrimas corrían por su rostro. “¡Niños!”, dijo, “¡Niños!”

Jack permaneció en silencio e imaginó a los niños haciéndolo. “¡Niños!”, dijo, “¡Niños!”. Asintió con comprensión y dirigió la

conversación hacia la masturbación. Melanie lo había aprendido de su primo mayor y lo hacía a veces, tal vez dos o tres veces por semana. Era excitante, pero le daba vergüenza. Su madre le había prohibido explícitamente que se tocara ahí abajo; ¡se consideraba algo travieso! Pero lo hacía de todos modos. Había conocido a su marido cuando tenía 16 años, y él la había desflorado después de solo unos días, y se quedaron juntos. Él era muy tierno y cariñoso en la cama; ella nunca tenía un orgasmo durante el coito. Pero él la animaba a masturbarse después del sexo; le gustaba y disfrutaba viéndola. A menudo, se le ponía dura mientras la miraba, y volvían a tener sexo. Esto se convirtió en algo normal para ambos.

Ella nunca le hizo una paja; él solo le enseñó cómo hacerlo después de que algunos amigos se quedaron después de una borrachera. Ella estaba muy inhibida al principio cuando su esposo la desnudó por completo durante las sesiones de bebida y tuvo sexo con ella frente a los demás. Sus amigos se bajaron los pantalones y jugaron con sus penes. Ella estaba tan borracha como los demás, pero se negó durante mucho tiempo a tener sexo con los chicos, aunque su esposo se lo exigía. Él le enseñó cómo hacer una paja, y ella diligentemente masturbaba a los chicos; eso era lo que su esposo quería. Es parte de una borrachera de Tartian, dijo él. Solo después de seis meses estuvo lista para tener sexo con sus amigos. Por lo general eran tres o cuatro de ellos, con quienes tuvo sexo una docena de veces durante la orgía. Jack la tomó de las manos y sonrió alentadoramente. Ella habló emocionada sobre las orgías y que nunca se masturbó durante ellas, pero dejaba que los chicos la masturbaran si eran hábiles. Pero la mayoría eran demasiado torpes o estaban demasiado borrachos, así que su esposo lo hacía por ella; Era muy bueno en eso. Después de masturbarse, los hombres volvían a estar cachondos, y ella se acostaba con su marido otra vez, y con cualquiera que quisiera. Después de una orgía, estaba feliz y muy agotada. Su marido no quería salir a bailar; prefería mucho más las borracheras y el sexo desenfrenado. A ella también le gustaba, porque en las borracheras podía acostarse con diferentes hombres durante horas sin engañar a su marido.

Entraron al dormitorio, algo inestables sobre sus pies. Él se tumbó en la cama con una semierección, observando a Melanie desvestirse. No era muy alta y era regordeta, con michelines por todas partes y unos pechos grandes y hermosos que habían perdido su firmeza. Su zona púbica estaba completamente depilada, y

unos labios menores grandes y oscuros asomaban de su hendidura. Su clítoris estaba completamente oculto bajo un pliegue de piel. Se detuvo, sonriendo, y le dejó mirar. Se acercó a la cama y se acurrucó junto a él. Él le explicó la situación con Juliet y que ella tenía el sueño muy profundo, así que no tenían que guardar silencio. Ella le acarició el pene y le preguntó si prefería una masturbación manual. Él dijo que no y se inclinó sobre ella. Su mano guió su pene hacia su vagina, y luego ella lo abrazó. Él la penetró lentamente, aumentando gradualmente el ritmo. Le preguntó si usaba anticonceptivos, y ella negó con la cabeza. No, pero no había vuelto a quedarse embarazada en todos esos años. Y si lo hiciera, no tendría problema en tener otro hijo.

Ella era muy activa en el sexo y mucho más grácil de lo que él había esperado. En el final, se aferró a él con fuerza y relajó su vagina mientras él llegaba al clímax. Mantuvo su pene dentro de ella y murmuró: “¡Otra vez!”. Acarició su pene y lo masturbó dentro de ella hasta que volvió a estar duro. Volvieron a follar, y él solo eyaculó unas gotas. Cayó de lado, exhausto. “Ya tengo 62”, jadeó, sin aliento. Después de unos momentos, buscó su clítoris; estaba rígido y duro bajo el pliegue de piel. Ella lo dejó masturbarla y tuvo un pequeño orgasmo. “¡Otra vez!”, dijo, “¡Otra vez!”. Él asintió y la masturbó de nuevo, esta vez mucho más fuerte al final, y su orgasmo fue fuerte e intenso. Jadeó de placer, y su cuerpo curvilíneo se relajó.

Tenía una pregunta más que hacer. Ella ya se había dado la vuelta para dormir y había cerrado los ojos. Tras mucha vacilación, respondió que sí, que creía que los niños tenían relaciones sexuales correctamente. Su hija no había tenido himen desde el nacimiento, así que no necesitaba comprobarlo, dijo adormilada. El hijo no se dejaba interrogar, pero la hija le había descrito con gran detalle cómo lo hacían. Siempre era muy breve, y él se detenía inmediatamente cuando su pequeño pene palpitaba, vibraba y eyaculaba violentamente dentro de su orina. No, ella no lo había visto, pero creía la descripción detallada de la hija; la niña nunca le mentía. Melanie estaba cansada y no quería hablar del tema. No, el hijo sin duda podía eyacular, le había dicho la hija. De todas formas, no puedo detenerlo, dijo Melanie finalmente, muy abatida. Apagó la luz.

Melanie, por desgracia, no se quedó ni dos semanas. Era muy activa en la cama y le regaló muchos momentos maravillosos. A través de una ONG, contactó con una pareja suiza que quería acogerla a ella y a los niños. Él la acompañó a la estación de tren y se despidió sin lágrimas; habían pasado unos días preciosos y no había motivo para llorar.

Si le quedaba una tarde libre después de visitar a Bárbara o Geli, miraba las miles de fotos pornográficas y los vídeos eróticos de Vanessa. No se los enseñaba a nadie.

Con gran estruendo, el supuesto presidente Romanoff regresó a la escena mundial. Había disfrutado de unas largas vacaciones, bromeó ante las cámaras con una amplia sonrisa. Había adelgazado mucho y lucía más atlético que antes. Naturalmente, muchos asumieron que era un doble, pero ¿quién podía estar seguro? Millones de escoceses clamaban que la guerra continuaría sin tregua, independientemente de si Romanoff era real o no.

Y la guerra continuó sin cesar, el flujo de refugiados no se detuvo.

Después llegaron Marta, de 29 años, y su madre, Ljuba, de 80. Venían de un pequeño pueblo fronterizo y eran campesinas muy sencillas. Jack no entendía el tartiano y conversaba con Marta, dejando que ella le explicara su torrente de palabras con gestos. Se sentaba con ella a la mesa de la cocina todas las noches después de que ella la hubiera limpiado a fondo. Después de cenar, llevaba a Ljuba a la cama en el salón. Bebían vino tinto y vodka; Marta se emborrachó enseguida, mientras que él, como siempre, bebió el vino tinto con moderación.

Cuando su aldea fue destruida, lo abandonaron todo y huyeron tierra adentro. Su huida duró casi cuatro meses; tuvieron que caminar muchísimos kilómetros, mendigando comida y un lugar donde dormir. Ambas tenían rostros curtidos por el sol y no eran precisamente hermosas. Marta compraba muchas cosas con su cuerpo, a pesar de su fealdad, pero a veces aparecía alguien tan desesperado que se acostaba con una mujer fea. Marta sentía un profundo remordimiento por esto, pues era muy religiosa. Aunque a veces pasaban años antes de que un sacerdote llegara a la aldea, la Madre Ljuba crió a su hija ilegítima con una fe inquebrantable.

Ljuba ya tenía 50 años cuando tuvo a su hija. Ljuba nunca había tenido relaciones sexuales en su vida, y desde su desfloración forzada a los 13 años, no volvió a tenerlas hasta los 49. A esa edad, un trabajador migrante ruso la engañó para que entrara en el sótano de una granja vecina y la violó. No volvió a tener relaciones sexuales hasta los 49 años. Un trabajador migrante hambriento, a quien ella le dio comida y refugio, la violó una noche. Lloró durante días porque el canalla la violó tres veces hasta el amanecer y eyaculó dentro de ella antes de desaparecer en silencio. Así fue como tuvo a Marta.

Marta no sabía nada de sexo cuando vio a un mozo de cuadra viajero montar a su semental sobre las yeguas del vecino. Nunca había visto nada igual y observó con curiosidad. El mozo de cuadra hizo una seña a la niña de 13 años para que se acercara y le explicó todo. Le permitió ayudarlo a frotar el gran pene del semental hasta que se puso erecto. Le permitió estar justo al lado del mozo de cuadra cuando el semental montó a la yegua y el mozo de cuadra guió el pene del semental hacia la vagina de la yegua. El semental solo montó durante unos instantes y eyaculó dentro de la yegua. El mozo de cuadra le dio un respiro al semental y acostó a Marta en la hierba. Dijo que también iban a hacerlo ahora. El corazón de Marta latía salvajemente mientras el mozo de cuadra la desfloraba, pero no le dolió en absoluto, y el mozo de cuadra la folló durante un buen rato. Tuvo el primer orgasmo de su vida y fue más feliz que nunca. El semental tuvo que montar otra yegua, y después el mozo de cuadra la folló otra vez hasta que ella tuvo un orgasmo y algo más. El mozo de cuadra la folló cuatro veces esa tarde y luego siguió con su semental.

Esa noche, Marta le contó todo a su madre y fue severamente reprendida. Era un pecado grave, y Marta tuvo que rezar tres rosarios de rodillas. Su madre se alegró mucho de que Marta no hubiera quedado embarazada y le advirtió que dejara de tener relaciones sexuales para no volver a quedar embarazada. Marta lo entendió perfectamente y prometió no volver a tenerlas.

Siempre habían dormido desnudos uno al lado del otro en la pequeña cama, y Marta nunca se había dado cuenta de que Ljuba se masturbaba por la noche. Se quedaba despierta hasta tarde, observándolo masturbarse bajo la tenue luz de la luna. Ella misma lo intentó, y funcionó de inmediato. Continuó hasta tener un orgasmo

tan maravilloso como durante el acto sexual. A partir de entonces, ambos se masturbaban en silencio uno al lado del otro todas las noches y nunca hablaban de ello; era un asunto privado.

Había escuchado su historia toda la noche y ahora estaba listo para preguntarle a Marta si quería tener sexo con él. Lo preguntó con unos gestos y movimientos de manos inequívocos. Ella negó con la cabeza. ¡No, no quería! Él asintió con comprensión e indicó con gestos que prefería masturbarse. No estaba del todo seguro de si ella lo había entendido, pero se encogió de hombros. Por supuesto, no tenía ni idea de la masturbación, pero parecía incomodarle. Le explicó la situación con Julieta de una manera más o menos comprensible, y que Julieta ya estaba profundamente dormida. Ella lo siguió, tambaleándose, hasta el dormitorio.

Vio que Julieta dormía desnuda y que él se desnudó y se acostó en la cama. No quería quitarse la ropa interior sucia y remendada, pero él fue al armario y le enseñó la ropa interior nueva. «Mañana te pondrás una nueva», le indicó con los dedos, y le quitó la sucia y remendada. Ella se sintió avergonzada, pero se acostó a su lado. A él no le interesaba su rostro; le daba igual si era guapa o no. Tenía un cuerpo musculoso, unos pechos pequeños y firmes como los de una jovencita, y un espeso vello púbico oscuro. Tenía las nalgas bastante pequeñas, y se alegró de que se hubiera duchado en el centro de refugiados.

Ella se acostó de espaldas a él, subió las piernas y, después de unos minutos, comenzó a masturbarse mientras estaba acostada de lado. Él podía ver sus labios menores carnosos bajo sus nalgas, moviéndose rítmicamente mientras se masturbaba. Él se masturbó al mismo tiempo y eyaculó sobre sus labios menores poco después de su orgasmo. Ella lo observó masturbarse por encima de su hombro y sus ojos se abrieron de par en par cuando él presionó su glande contra sus labios menores y eyaculó. Él tomó un pañuelo, levantó su pierna y limpió sus labios menores. Examinó sus genitales, una linda vulva pequeña con labios menores apenas discernibles y un clítoris de tamaño normal que parecía bien entrenado. Ella se estremeció cuando él frotó el pañuelo contra su clítoris, así que se detuvo. Apagó la luz.

Durante el día, Marta charló con Ljuba, fue de compras con Juliet y trajo vino tinto y vodka. Él fue con Marta a comprar ropa in-

terior, una blusa bonita y una falda indecentemente corta. Marta cocinó con Juliet, y salió muy bien. Sus nalgas rebotaban bajo la falda mientras cocinaba, lo que lo excitó mucho. Después del almuerzo, limpió la cocina a la perfección y fue a reunirse con Ljuba en la sala. En Tartian había dos noticieros todas las tardes, y las mujeres los comentaban sin parar después. Juliet leyó una revista, y él pasó la tarde mirando fotos de Vanessa. Juliet y Marta prepararon la cena, y Marta limpió la cocina. Juliet y Ljuba se fueron a la cama, y él se quedó en la mesa de la cocina con Marta, el vino tinto y el vodka.

Toda la noche estuvieron hablando de su masturbación; ella quería saberlo todo. ¿Era como masturbarse para él? ¿Eyaculaba cada vez? ¿Lo hacía todas las noches? Él asentía cuando no había nadie cerca con quien tener sexo. Le preguntó por qué ella no quería tener sexo, y ella respondió: “Gran barriga y bebé”. Él dijo que ya tenía 62 años y que tal vez no podría tener más hijos. Ella negó con la cabeza enérgicamente; los bebés vienen del semen. Él le preguntó si no había eyaculado dentro de ella mientras huían, y ella permaneció en silencio, confundida. A veces había sacado su pene antes de que eyaculara, pero no siempre era posible. Empezó a contar con los dedos cuántos hombres habían eyaculado dentro de ella; eran más de 20. Bajó la cabeza y se encogió de hombros con impotencia. Así eran las cosas, pero eso solo ocurrió durante la huida. Bebieron unas copas más y entraron en el dormitorio.

Ella se acostó de espaldas a él de nuevo, con las piernas recogidas y las nalgas ligeramente hacia afuera. Sus labios vaginales se movían bajo sus nalgas mientras él se masturbaba, y ella lo observaba por encima del hombro. Apretó las piernas con fuerza cuando él presionó la punta de su pene entre sus labios. Su cuerpo tembló y se estremeció con un suspiro de orgasmo, sus labios se ablandaron cuando él insertó firmemente su pene entre ellos. Abrió los ojos de par en par cuando él penetró entre sus labios y eyaculó dentro de ella. La limpió de nuevo con el pañuelo, y ella obedientemente levantó la pierna. La limpió a fondo, frotándole el clítoris por un momento, y luego apagó la luz.

Lo mismo sucedió al día siguiente. Él introdujo su glande profundamente dentro de ella durante su orgasmo; ella no dijo nada mientras él penetraba su vagina y eyaculaba. Ella pacientemente dejó que se limpiara con un pañuelo, y esta vez él frotó su clítoris

durante más tiempo. Ella suspiró y dejó que la masturbara sin resistencia; su orgasmo fue fuerte e intenso. Ella lo miró asombrada pero no dijo nada. La noche siguiente, él volvió a introducir su pene firmemente entre sus labios, y esta vez la folló correctamente en la posición de perrito. Ella lo miró con asombro mientras él la penetraba durante el final y cerró los ojos cuando él eyaculó dentro de ella. Ella dejó que se limpiara y jadeó de placer mientras él la masturbaba. Ella lo miró y se rió de oreja a oreja.

La noche siguiente, su pene penetró directamente en su vagina mientras ella comenzaba a masturbarse. La penetró de nuevo en la postura del perrito mientras ella se masturbaba y eyaculó justo después de su orgasmo. La giró boca arriba antes de limpiarla y separarle las piernas, luego la masturbó. Ella sonrió ampliamente y susurró que era hermoso.

La noche siguiente, la puso boca arriba al principio y le separó las piernas. Ella empezó a masturbarse y él se inclinó sobre ella. La penetró suavemente y empezó a follarla. Ella recordó al mozo de cuadra y dejó de masturbarse. La folló durante un buen rato y ella tuvo un pequeño orgasmo. Después del orgasmo, la penetró con fuerza y eyaculó dentro de ella. Se desplomó a su lado y le palpó el clítoris. Todavía estaba duro e hinchado por haberla follado; terminó masturbándola con mucha intensidad, llevándola a un orgasmo poderoso.

Ahora tenían relaciones sexuales todas las noches, y ella casi siempre tenía un orgasmo antes de que él eyaculara dentro de ella. Él era tan ignorante sobre anticoncepción como Marta; ni siquiera sabía cuántos hijos había engendrado con las mujeres escocesas hasta el momento. Eyaculaba dentro de Marta y no se preocupaba por la anticoncepción. Ella disfrutaba del sexo y de los orgasmos porque se sentía maravillosa, y le gustaba que la masturbaran después. No le contó nada a la Madre Ljuba; era un asunto privado. Esto continuó hasta que ambos se marcharon en la tercera semana.

Un final temporal

von Jack Faber © 2022

La sustituta de Barbara durante las vacaciones estaba de mal humor cuando Jack llamó para decirle que ya no quería acoger a ningún musulmán. Ignoró sus objeciones y le envió cuatro familias en dos semanas. Las mujeres de Afganistán no hablaban un idioma que él entendiera. Las tres primeras viudas se quedaron poco tiempo; durmieron en casa de Juliet y, para su disgusto, tuvo que dormir en el banco de madera de la cocina. Lo miraban con curiosidad mientras desfilaba, pero negaron con la cabeza con firmeza y le hicieron señas enérgicamente para que se marchara.

La cuarta viuda estaba embarazada y era diferente de las anteriores. Se le permitió quedarse en su cama; ella se acostó a su lado, envuelta en sábanas, acariciándose los labios menores bajo las sábanas y observando con curiosidad su pene erecto. Se comunicaban con señales y gestos, lo que le permitió explicarle la situación con Juliet bastante bien. Ella sonrió de oreja a oreja mientras hacía el gesto de penetración con los dedos. Sonrió de forma sugerente y, riendo, deslizó su dedo índice dentro y fuera del agujero que formó con el pulgar y el índice. Señaló su pequeño vientre de embarazada y, con gestos inequívocos, lo invitó claramente a follarla. Se subió las sábanas hasta el ombligo y abrió las piernas. Su cuerpo limpio olía increíblemente bien, e incluso su vulva peluda olía a flores frescas. Él separó sus labios menores oscuros y peludos con los dedos y examinó su vulva. El pequeño agujero negro estaba húmedo y mojado, el pequeño clítoris duro y rígido, ella estaba excitada por la anticipación e increíblemente cachonda.

Ella se negó rotundamente a besarlo y guió su pene hacia su vagina con la mano. Él acarició sus pechos, cubiertos de retazos de seda, mientras follaban. Sus pechos eran grandes y firmes, y ella disfrutaba de su tacto. Él se asombró de la facilidad y rapidez con que ella podía llegar al orgasmo. Ella tuvo tres orgasmos que la sacudieron intensamente, y cada vez él volvía a follarla. Él eyaculó en medio de su tercer orgasmo, y ella gimió muy suavemente; claramente, el sexo le había resultado placentero.

Él agarró con audacia su clítoris, que aún estaba rígido y excitado. Ella dijo algo muy amable y acarició su mano hasta que descansó sobre su clítoris. Su mano guió los dedos de él para que la frotara muy lentamente. Ella no lo dejó frotar; sus dedos obedientemente presionaron rítmicamente contra su clítoris debajo de los de ella, y ella tuvo orgasmos media docena de veces en la siguiente hora. Clavó los dientes en su brazo y apretó su boca con fuerza contra él para reprimir sus gritos de orgasmo. Cuando retiró brevemente su mano, él la masturbó con fuerza. Ella gritó en silencio mientras tenía un orgasmo minutos después y sostuvo su mano temblorosa. No lo dejó masturbarla con fuerza de nuevo. “No, no”, dijo después de un minuto, apartando su mano.

Ella nunca se masturbaba después del sexo; solo guiaba sus dedos hacia su clítoris, complaciéndose orgasmo tras orgasmo durante una hora. Inicialmente, no le permitía masturbarla directamente, sino que guiaba su dedo sobre su clítoris durante una hora, presionándolo rítmicamente. Sin embargo, él siempre prevalecía y, al final, la masturbaba con bastante vigor. Ella gritaba en silencio durante esta vigorosa masturbación, presionando su boca contra su hombro y gritando en silencio su placer. Gritaba en silencio y extasiada durante el orgasmo, su parte inferior del cuerpo se contraía y se agitaba salvajemente, hasta que él dejaba de frotar. Dejaba su dedo apoyado en su clítoris hasta que el orgasmo disminuía. Ella le apretaba la mano con fuerza hasta que él apagaba la luz. Ella solo se quedaba con sus hijos durante cinco noches y obviamente disfrutaba del sexo. Se sonreían repetidamente, pero incluso en el andén del tren, ella no quería un abrazo, un beso.

Cuando Barbara fue a su casa al día siguiente para tener relaciones sexuales, él se quejó de sus problemas y ella prometió hacer todo lo posible. Le envió a una joven muy guapa que viajaba con sus padres ancianos. Elena era una periodista de 30 años, hablaba inglés con fluidez e inmediatamente aceptó quedarse a dormir en casa de él y Julieta. Los padres tenían más de 80 años, eran de baja estatura y muy delgados. Él había extendido completamente el sofá del salón para que pudieran tumbarse cómodamente uno al lado del otro. Elena era una excelente cocinera y se aseguró de que los padres comieran y bebieran lo suficiente. Después de unas copas de vino tinto, bebieron un vodka grande antes de irse a la cama.

Después de que Juliet también se acostara, él se sentó con Elena a tomar vino tinto y escuchó su historia. Ella había evacuado a sus padres en el último minuto; un día después, el pequeño suburbio donde vivían fue bombardeado y acribillado a balazos. Continuó trabajando en su celular, lo cual era muy difícil; no había podido salvar su computadora portátil. Él dijo que tenía otra computadora portátil, pero era terriblemente lenta. Ella miró el dispositivo y dijo que podía hacerla funcionar; ¿podía intentarlo? Él asintió y dijo que si le convenía, podía quedársela. Ella sabía mucho de electrónica, instaló un sistema operativo diferente en un instante e instaló sus aplicaciones en un abrir y cerrar de ojos. Le tomó menos de una hora y quedó encantada. La computadora portátil funcionaba mucho más rápido que antes. Él confirmó que se la iba a dar, y ella le agradeció con un abrazo y un beso en los labios. Él no tenía ni idea de esas cosas de electrónica y estaba feliz de que ella pudiera manejarlas. Ella dijo que ahora podía trabajar mucho más productivamente, usando su teléfono para mensajes y su computadora portátil para investigar y escribir. También podía trabajar sobre la marcha, conectándose a su teléfono. Dejó el dispositivo a un lado; ¡era hora de terminar la jornada!

Elena habló abiertamente sobre su sexualidad. Se casó a los 18 y se divorció cuatro años después. Él era un inútil en la vida cotidiana, un desastre tanto profesional como personalmente, y después de la luna de miel, la vida sexual era inexistente. Volvió a masturbarse a diario, como lo había hecho desde la infancia, pero no necesitaba un hombre para eso. Se graduó con buenas notas y encontró un trabajo interesante en un importante periódico. Se centró en su trabajo; las relaciones con los hombres eran secundarias. Dijo que disfrutaba mucho del sexo, pero que cada cosa a su tiempo. Las aventuras de una noche solían ser mucho mejores que los encuentros obligatorios durante su matrimonio. Se sirvió un vodka y dijo que nunca le había sido infiel a su marido durante su matrimonio —eso era importante para ella—, ¡pero que sin duda debería haberse divorciado mucho antes!

Antes de entrar al dormitorio, él le explicó la situación con Juliet. Ella sonrió y dijo que si él quería, no tenía problema. Su risa suave era amistosa; solo preguntó porque él era mucho mayor que ella. Su erección se abultó en sus pantalones y la señaló con una sonrisa. Ambos rieron; el asunto estaba zanjado. Él se tumbó desnudo en la cama y se acarició el pene mientras la miraba. Ella era

muy delgada y tan baja como sus padres. Su vello púbico estaba completamente afeitado, excepto por la línea del aterrizaje. La hendidura ocultaba sus labios menores y el clítoris. Sus pechos eran pequeños y firmes, del tamaño justo para un puñado. Se sonrieron mutuamente, luego ella se tumbó a su lado. Usaba la inyección anticonceptiva, dijo; era una práctica común en Tartanien. Él separó sus labios con los dedos y miró su vulva; la abertura estaba húmeda y mojada, el clítoris oculto bajo el capuchón y no visible. Empujó el pliegue de piel con los dedos y examinó su clítoris. Era pequeño, pero claramente muy tonificado. Él la acarició suavemente y escuchó sus suspiros. Ella le preguntó si prefería una masturbación manual, y él negó con la cabeza. ¡Quería el placer de antaño, al estilo tártaro, por supuesto! Ella rió entre dientes y dijo que no estaban lo suficientemente borrachos para eso. No dio más detalles, pero guió con destreza su pene hacia su vagina. Entró fácilmente; ella estaba muy mojada y se abrió de buena gana. Le encantaba follar, susurró.

Elena, al igual que la afgana una semana antes, llegó al orgasmo con mucha rapidez y facilidad. Él la penetró y eyaculó durante su segundo orgasmo, y cayó a un lado, exhausto. Le tocó el clítoris; estaba duro y rígido. Ella prefirió masturbarse las primeras noches y solo permitió que Jack la masturbara después de varios días. Fue muy entregada y activa durante el sexo, lo cual a él le gustó mucho. Se besaron después y él apagó la luz.

Elena fue de compras con Juliet y cocinaron juntas. Juliet le había tomado cariño a la joven y se esforzó por hablar inglés. Sus fantasías desaparecían por completo en estas situaciones; le pedía a Elena que le tradujera cuando veía los dos breves noticieros en tartán con sus padres y luego los comentaba con todos. Elena trabajó largas horas en su computadora portátil y publicó artículos diariamente durante tres semanas. Se carteó con editores alemanes y consiguió un buen trabajo y alojamiento para ella y sus padres mucho más rápido que Barbara. Él llevó a la familia a la estación de tren y le puso un fajo de billetes en la mano a Elena; para empezar, le dijo. Todo había sucedido demasiado rápido, pensó, pero había sido un tiempo maravilloso con Elena. Continuaron intercambiando correos electrónicos durante mucho tiempo después.

Elena también le había mejorado el portátil y le había enseñado varias cosas. La primera hoja de cálculo que creó por su cuenta fue una lista de sus gastos de aquel año de guerra. Había gastado casi 30.000 euros en ropa, regalos y tasas de entrada para los refugiados; les había dado a todos una pequeña ayuda económica al marcharse. Era imposible calcular cuánto había gastado en vino tinto y vodka. Le sorprendió, pero así habían sido las cosas. No se arrepintió ni un instante, pues había hecho algo concreto contra el ruso, Iván el Terrible. Claro que no era nada comparado con el resto, pero le llenaba de cierta satisfacción haber frustrado los planes del aspirante a zar.

Barbara se esmeró en seleccionar a las jóvenes. Con unas pocas preguntas inocuas, logró descartar a aquellas muy intolerantes o que se tomaban muy en serio la fidelidad física a sus maridos. No le resultó difícil identificar a las dispuestas. Tenía que mantener contento a Jack, porque quería ser recompensada por él. Le permitía tener relaciones sexuales con ella una o dos veces al mes, mucho más que en años anteriores.

A veces eran niñas, pero más a menudo madres, a quienes llevaba al sofá de la sala. Las jóvenes eran en su mayoría muy jóvenes, entre 18 y 25 años. Una tenía solo 16 y follaba como una poseída, lo que a Jack, por supuesto, le resultaba muy atractivo. Ella lo montaba por las tardes y noches, incluso cuando él solo estaba semierecto y ya no podía eyacular; lo montaba extasiada y se masturbaba sin parar. La mayoría de las jóvenes estaban bien depiladas, le daban mucha importancia a la limpieza y a oler bien. Les gustaba desvestirse y coquetear con sus hermosos cuerpos antes de acostarse junto a él. Su excitación aumentaba cuando él examinaba y exploraba atentamente sus vulvas. Miraba sus clítoris con mucho cuidado; solo unos pocos estaban flácidos, la mayoría parecían bien entrenados. ¡La noche prometía ser buena!

Muy pocas tenían un orgasmo durante el sexo. A la mayoría les encantaba que él las masturbara después. Algunas preferían masturbarse ellas mismas, ya que sentían mejor sus reacciones de esa manera. Él estaba eufórico y le dijo a Bárbara que había hecho una buena elección. Hizo todo lo posible para que Bárbara tuviera orgasmos maravillosos. Era importante, lo sabía: ¡sin Bárbara, no habría mujeres jóvenes y cachondas!

Fue un verano maravilloso. Se acostó con las jóvenes y mujeres hasta el cansancio. Cuando su deseo era intenso, tomaba una siesta por la tarde y dejaba que las chicas lo montaran, aunque por la noche era muy agotador. Las chicas sonreían con comprensión; al fin y al cabo, era un hombre mayor y necesitaba estimulación oral. No pocas veces, las chicas se excedían y él eyaculaba en sus bocas. Algunas tragaban el semen, la mayoría lo escupían. Pero todas sonreían como reyes. Cuando Julieta se masturbaba junto a ellas, dejaban de follar y las chicas observaban hasta que terminaba. Pero eso no ocurría muy a menudo, ya que Julieta solía masturbarse antes de dormirse.

Pero como suele ocurrir con las nubes, cuando caes, caes con fuerza.

De repente, Juliet volvió a la normalidad tras cuatro años de locura. Fue a la peluquería, se compró ropa nueva y limpió el apartamento. Impecable, por primera vez en años. Poco a poco, sintió que ya no necesitaba pastillas para dormir. Arruinó su encuentro con la última mujer tártara, apartando a la hermosa joven antes de que él pudiera eyacular, y tomó a Jack en sus brazos. Él estaba más furioso que nunca, pero ella, después de todo, era su esposa. A la mañana siguiente, Juliet llamó a Barbara y renunció. Barbara llegó en taxi e intentó salvar lo que ya no tenía remedio. Jack permaneció en silencio, como un cachorro regañado, encogiéndose de hombros.

Tras unas semanas, Juliet se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con Jack. Noche tras noche, lo interrogaba. Tenía que describir con todo lujo de detalles cómo se había acostado con sus amigas. Necesitaba saber exactamente qué prácticas preferían, cómo se masturbaban y qué no les gustaba. Él lo describía todo meticulosamente porque era la única manera de recuperar el afecto de Juliet. Ella le hacía describir los genitales de cada una de sus amigas con todo detalle porque no recordaba haberlos visto jamás; prácticamente no recordaba nada de su delirio.

Describió los genitales con gran detalle, y Julieta le hizo muchas preguntas, a las que respondió con precisión. Las grandes aberturas, los labios mayores marchitos y arrugados, y los distintos clítoris, que mostraban las marcas de toda una vida de práctica. Describió, sobre todo, la forma y la función de los clítoris de las ancia-

nas, pues se lo sabía de memoria. También describió con detalle cómo se masturbaban las ancianas, algunas tumbadas boca abajo, otras boca arriba con las piernas bien abiertas. Algunas se frotaban el clítoris muy rápido, otras empezaban despacio, frotándose primero los labios mayores y la abertura vaginal antes de concentrarse en el clítoris. Julieta quería saberlo todo al detalle e hizo muchas preguntas de seguimiento.

También quería averiguar cuándo habían intentado seducirlo por primera vez. Estaba profundamente decepcionada, porque las mujeres no habían dudado ni un instante cuando ella perdió el control, cuando tan claramente se dejó llevar por la locura. Jack no era un seductor experto, Juliet lo sabía. Al contrario, las mujeres lo arrastraron a la cama y no le prestaron la menor atención a Juliet. Juliet sonrió levemente; en esa situación, cualquier hombre estaba indefenso a merced de la cazadora, lo sabía por experiencia propia, ya que había engañado descaradamente a Jack durante su matrimonio. No tenía por qué disculparse, afirmó secamente, acariciándole el cabello.

Juliet se sintió aún más consternada al descubrir que había jugado a juegos lésbicos con todas sus amigas. Nunca antes se había dado cuenta de que tenía tendencias lésbicas. Pero Jack le contó todo con detalle y no mintió. Se cubrió la cara con las manos: «¿Qué, gorda Geli?». Él asintió y le explicó cómo había desflorado a Geli y luego se acostaba con ella con regularidad. Ella rió tímidamente al darse cuenta de que Geli solo se había dejado desflorar para poder tener sexo lésbico con él.

Juliet se rió a carcajadas mientras él le contaba los miedos de Geli de que su pene no le cupiera en su pequeña y apretada vagina. Se rieron juntos porque, por supuesto, su pene sí le cabía en su pequeño agujero. Geli había gimoteado y lloriqueado cuando él la desfloró. Dijo que la desfloración había sido bastante fácil y que Geli ciertamente no había sentido ningún dolor, pero que había soltado un terrible gemido cuando se dio cuenta de que su pene estaba completamente dentro de su vagina. Incluso se había comprobado con la mano y había gemido diciendo que en realidad era lesbiana y que no quería que la follaran. Juliet reconoció los desgarradores gemidos de Geli cada vez que él eyaculaba dentro de ella con una sonrisa irónica. Él asintió con culpabilidad. Había eyaculado deliberadamente una carga completa de semen en la vagina

de Geli cada vez, le confesó a Juliet, porque la despreciaba. “Bueno, al menos no dejaste embarazada a esa cerda gorda”, comentó Juliet con una sonrisa torcida. Sin embargo, aún tenía que confesarle todo sobre Geli.

Discutieron durante días y noches, y Juliet descubrió que Jack simplemente necesitaba variedad en su vida sexual. Su sexualidad era fundamentalmente diferente a la de ella. Él seguía siendo el buen hombre con el que siempre había vivido, pero su sexualidad había evolucionado durante los años de su locura, y ella había contribuido a ello tanto como él. Le llevó mucho tiempo comprenderlo y aceptarlo. Pero finalmente lo arregló.

Habló con Barbara por teléfono durante un buen rato. Barbara conocía a Jack y podía ejercer cierta presión. Sabía que era un chantaje, pero no le importaba. Barbara debía enviarles de nuevo mujeres escocesas jóvenes, guapas y sexualmente dispuestas, y a cambio, se le permitiría pasar una tarde con Jack en su habitación después de la partida de cada una. Barbara aceptó, porque así podría retomar su feliz vida sexual con Jack. Volvió a enviarle mujeres a Jack.

Juliet tenía que ingeniárselas para encontrar la manera de dormir adecuada cada vez. En algunas ocasiones, funcionaba que Jack y la mujer tártara entraran al dormitorio mientras ella escuchaba en la cocina y esperaba a que terminaran, para luego entrar ella también. Pero la mayoría de las veces, eran tres; Juliet observaba a los dos tener sexo y luego dejaba que Jack tuviera sexo con ella. Juliet masturbaba con entusiasmo a las chicas hasta el orgasmo antes de que él eyaculara, para que él pudiera tener sexo con ella y eyacular inmediatamente después. Esto era lo mejor para ambos. Él obtenía variedad y ella ya no se sentía engañada. Cuando llegó Barbara, al principio se quedó en la cocina hasta que un día Jack la dejó unirse. La excitación de Barbara aumentó drásticamente cuando Juliet la masturbaba mientras tenían sexo, y desde entonces lo han hecho así.

Juliet y Jack volvieron a acercarse. Ambos habían madurado y podían concederse más libertad. No tenía sentido aferrarse a viejos hábitos; ambos habían seguido adelante. Juliet nunca comprendió por qué había estado loca durante cuatro años, a pesar de

que pasaron muchas horas discutiendo y dándole vueltas al asunto. En realidad, ya no importaba.

Dieron cobijo a los refugiados hasta el final de la guerra.